

¡Al Indostán y a la China!...

Producciones del mismo autor

1881. Recuerdos de Europa y América..... 2 tomos
1895. Breves apuntes sobre la Administración de Justicia y su Organización..... 1 folleto
1905. De los Tribunales Colegiados 1 »
1912. Estudio sobre Constitución Orgánica y Reglamentaria de la Justicia Civil y Criminal.. 2 tomos
1916. Relación Oral de los procesos criminales..... 1 folleto
- » De la Institución del Jurado. 1 »
1917. Práctica Forense 1 »
1918. Urgente sanción de una ley. 1 »
- » Sueño Tártaro..... 1 »
- » Carnet de un Filósofo de Antaño..... 2 tomos
- » Bocetos y Brochazos..... 1 tomo
1920. Resonancias del Pasado..... 1 »
1921. Los Festines de Plutón..... 1 »

135.126

LICENCIADO PERALTA

¡AL INDOSTÁN Y A LA CHINA!...

Opúsculo original del autor



MONTEVIDEO

Imprenta y Casa Editorial "Renacimiento"

Librería "Mercurio" de Luis y Manuel Pérez

Calle 25 de Mayo, 483

1291

D.435.794

1893
1894

PRIMERA PARTE

Un viaje por Agua

Capítulo Único

**De cómo es relativamente fácil, hacer acopio
de doctrinas extrañas.**

I

Sansón Carrasco y yo

¿Se acordará acaso Sansón Carrasco, del 5 de Marzo de 1909, a bordo del paquete inglés « Amazón »?

— ¡Vaya una pregunta! diría si me oyese, y con mucha razón... pero yo, que también me encontraba a bordo de ese buque en igual fecha, haré más precisa y comprensible mi pregunta.

En efecto, el día 5 de Marzo de 1909, había llegado aquel compatriota al puerto de Lisboa, procedente de Cherbourg, acompañado de su señora y de su señorita hija, como había llegado yo, procedente de Madrid, con dos personas de mi familia.

El Bachiller Carrasco, se dirigía a Montevideo y a Montevideo, me dirigía yo.

Este encuentro feliz con viejos compatriotas y amigos, fué una recíproca satisfacción a doble motivo para mis parientes y para mí, porque, aparte de la inapreciable compañía de viaje que la casualidad venía a depararme, se agregaba la oportunidad de recomendarme, como me recomendé, a la consideración del Bachiller y de su amable familia.

Contaba yo entonces, con casi 72 *calendarios* de a 365 cada uno y como a alturas tales, de las que este termómetro marca, se le toma a uno en cuenta de niño o poco menos, al separarme de mis acompañantes que se volvían a Madrid, quedé consignado como cualquier mercancía a la protección y vigilancia, que mis amigos debían dispensarme durante el viaje.

¡Qué gratas emociones me producen siempre, estos recuerdos de aquella travesía de inesperada intimidad, que hizo mi viaje más corto y ameno!...

Ahora bien; Sansón Carrasco, venía a Montevideo para tomar posesión del cargo (recientemente creado), de Intendente Municipal de esta ciudad y para el cual, había

sido designado con general aplauso, durante la administración del ciudadano, Doctor don Claudio Williman, y yo, de descansar y a descansar de mis fatigas, después de 50 años largos, de una actuación asidua y laboriosa.

.....

Pasaron dos más, desde este feliz encuentro y de nuestro desembarco en Montevideo, y en la noche del 16 de Marzo de 1911, tuve necesidad de poner y puse proa a Buenos Aires, a bordo de uno de los vapores de la carrera.

Acababa yo de instalarme en mi camarote y me dirigía al comedor, cuando a su entrada, me encontré con mi viejo amigo, Don Ruy-Xenofonte :

—¿Usted de viaje?, le dije por todo saludo.

Gratamente sorprendido, al parecer, se detuvo y tendiéndome la mano, me contestó:

—No es extraño, que le cause sorpresa mi presencia aquí, pues usted sabe bien, que fuera de mi último viaje a Europa y de los que hice a Buenos Aires y al Uruguay, cuando la *Tricolor* y el *Quebracho*, jamás he abandonado el terruño.

—Es verdad, agregué, y es por eso, que me ha llamado la atención verle a bordo.

A esta altura del diálogo, ambos entramos

al comedor, y a invitación de mi amigo, nos sentamos inmediatos a una pequeña mesa, con dos tazas de café por delante, que se apresuró a pedir, y que nos fueron servidas sin retardo.

Después de breves momentos y saboreando a medias el café, que se nos había servido y, que podría confundirse con agua de castañas, bajando un tanto la voz, Xenofonte me dijo, con cierta reserva:

—Es muy posible, que usted se ría cuando le confíe el motivo de mi viaje, que sea dicho de una vez y sin misterios, durará más tiempo del que usted puede suponer y del que yo mismo supongo...

—¡Oiga...!

—Pues debe usted saber, continuó, que me dirijo a lejanas regiones.

—No puedo menos de confesar, le dije, que despierta usted mi curiosidad, y desde ya, lo oigo con sumo interés.

—Pues aquí me tiene usted, continuó de nuevo, que después de dos años de vacaciones, me encuentro casi con una Intendencia a cuestras o cosa parecida, llamado por la corporación que lleva un nombre equivalente, pues se trata del Honorable Concejo deliberante de Nicaragua... ¿qué tal...? ¿parece

que le ha sorprendido la noticia?, agregó, y es la verdad, que no deja de ser un poco extraño, que a mí... ¡pobre diablo!... se me llame de tan lejos...

—Esto le honra mucho, interrumpí yo.

—Así es que, no he podido menos de preguntarme: ¿qué envolverá esta extraña medida de la Municipalidad de mi país, con su llamado? Todas se me vuelven conjeturas, habiendo allí tantos hombres capaces del desempeño de aquel puesto, con tanto o más acierto que yo y, hay momentos, en que llego a pensar, que pueda tratarse de un error o mala inteligencia en la designación de mi persona.

—Pero, observé, ni su nombre ni su apellido, son susceptibles de confundirse con otros y además, es usted natural de Nicaragua y, ya ha prestado allí sus servicios en otros puestos públicos.

—Es cierto, contestó mi amigo, y esto es lo que, en medio de mis vacilaciones, me induce a tener confianza en el llamado que se me hace.

—¿Cómo en el llamado?, observé con precipitación... ¿Acaso, no se trata de un nombramiento formal?

—¡Cómo no!, pero debo conferenciar an-

tes con persona comisionada, que me espera en Buenos Aires.

—¡Vamos!, pues en tal caso, lo felicito y advierta usted, que ya es el segundo Intendente que encuentro en viaje *por agua*...

—¿Sí, eh?, exclamó mi amigo.

—Como usted lo oyel: al Bachiller Sansón Carrasco, hace dos años, en viaje de Europa a Montevideo y a usted, en viaje de Montevideo a Buenos Aires... ¿de qué será augurio esta coincidencia...? Pero... fuere lo que fuere, le felicito mi amigo, le felicito y hago votos para que la realización de sus cometidos de Intendente, encuentre más fondos en las arcas municipales de Nicaragua, que los que encontró Sansón Carrasco, en las de la Intendencia de Montevideo.

—Muchas gracias, señor Peralta.....
Y siendo ya las once de la noche, salimos del comedor y nos dirigimos, precediéndome él, hasta la puerta de su camarote, en donde nos despedimos cordialmente, en previsión de que no pudiéramos vernos a la hora del desembarco. Cuando quedé solo, fui en busca del mío, que se encontraba en el lado opuesto del salón, pensando en las nuevas y grandes cosas que Don Ruiy-Xenofonte, iba a consumir en el desempeño de su nuevo cargo.

Todavía, a las siete de la mañana del día siguiente, alcancé a ver al amigo, que se paseaba en la rambla de embarco y desembarco de los vapores de la carrera, recibíendose con afán, de los bultos que formaban su equipaje.

Todo pronto, para dirigirse al departamento de revisión de equipajes, y en momentos de moverse los conductores, un joven de buen talante, se aproximó diligente a Xenofonte, a quien estrechó la mano con gran contento.

Supuse, que fuera el comisionado de la Municipalidad de Nicaragua, que le esperaba y debía conferenciar con él, según me lo había dicho la víspera.

II

¿ Quién era Ruy - Xenofonte ?

Este hombre humanitario, en concepto de algunos, que tantas pruebas de bueno ha dado para hacer bien, sostiene, que lo normal, es lo que él pretende, y que lo que se ha hecho hasta hoy, es todo lo contrario.

Por eso es, o al menos parece serlo, que

el hombre que Dios ha conservado para bien de la humanidad, resulta víctima de la obsesión de repartir beneficios a todos los vientos sin dejar de consultar los propios. Todos los de Centro América, saben que éste anduvo y corrió por medio mundo en busca de reformas útiles para aquellas sociedades embrionarias, que dijese bien con sus avanzadas ideas tendientes a hacer de aquella nacionalidad, una verdadera democracia, aunque la cultura brillase en ella por su ausencia.

Desde el momento de nacer, fué envuelto en mantillas de arpillera, para que más tarde haciéndose callo, se acostumbra a bragas y a montar en pelo sin peligro, si fuese necesario, lo cual le valdría mucho en sus viajes de peregrinación por áridas y escabrosas regiones.

En cuanto a su físico, era de estatura elevada, bizco de un ojo, de pelo y barba rubia y de color arrebatado.

Fué buen creyente durante algún tiempo, pero poco a poco, los asuntos políticos y otros relacionados con la vida social, empezaron a desviarlo de la buena senda y a inducirlo en los principios liberales, consistentes en consultar para sí la libertad en el decir y en el hacer, y en la intransigencia e into-

lerancia con los que no pensasen como él.

Tuvo en Nicaragua su gran figuración en años anteriores, y se había retirado, hacía poco más de dos, por desavenencias con los políticos de la época y con otros, que sin ser políticos, siempre se resistieron con tesón a suscribir a las ideas y proyectos reformistas, que aquél pretendía implantar en su país, con el propósito, según él, de poner el mundo al derecho.

Este proyecto, y los demás en su mayoría, eran sumamente complejos y, a propósito de ellos, las ideas que germinaban en la mocha de su autor y que resultaban ser, la causa eficiente de aquéllos, prometían otros muchos para el futuro, que la sociedad de Nicaragua tembló al sólo pensar, que pudieran llegar a realizarse.

Felizmente en aquella ocasión, pudo hacersele el vacío y, se le hizo con tan buen éxito, que el flamante innovador salió de su país con la cola entre las piernas, el desaliento en el corazón y el despecho pintado en el rostro.

Era además de fuerte musculatura, de buen estómago y mejor apetito, firme en sus trece como un mulsumán convencido de su poder y de la impotencia ajena, como que

es el medio más seguro para hacer uno lo que quiere.

Con estas condiciones, el hombre resulta un block de cal y canto y de ello, muchas pruebas ha dado en estos últimos años, no habiéndolas dado antes, porque no pudo.

Gracias al favor de un pequeño grupo de adeptos, logró hacerse oír por las falanges plebeyas, que con la disciplina que supo darles, logró también darles fuerza y representación pero, no pudiendo imperar en el ánimo de sus iguales en inteligencia, posición y valimientos, trató de imperar en aquellas falanges, que si no representaban una fuerza moral, representaban una fuerza bruta que podría, al fin, llegar a primar sobre el derecho.

El innovador pensaba, allá en sus adentros y sus afueras, que el aumento de unidades, da más fuerza a las eminencias, que el prestigio moral, pues no es lo mismo contar con cuatro grupos de honestos y distinguidos amigos cada uno, que con ochenta de a doscientos.

Y tan verdad es esto, que sus propios enemigos, después de jugarle sucio, lo llaman ahora para ocupar un alto puesto y eso que él tiene más relación con la política, que la que a primera vista parece.

¡Gran triunfo para ti Xenofonte, cuyo retumbante y colosal nombre, nadie ha olvidado, como que simboliza la fuerza; a ti, que todavía pisas fuerte y das fácil movimiento y elasticidad a tus piernas; a ti! que propósito de la culta democracia que nos invade por calles y otros parajes públicos y que ya empieza a invadir los centros sociales, y a ti! en fin, que en un caso crítico, todavía eres capaz de calarte el chambergo sobre la ceja izquierda, a gruñir y a guiñar el ojo derecho y escupir por el colmillo en signo de disputar el terreno y repeler cualquiera agresión, a ti! es a quien recurren Xenofonte a ti!!...

Si en algún caso convienen las alianzas y los pactos, es cuando hay más peligros que correr, que beneficios que esperar, y... ay! del que no sepa calcular de esta o parecida manera!!...

Xenofonte era hombre que sabía calcular para el presente y para el porvenir, aunque éste fuese remoto, y es esta doble vista, la que siempre le ha sacado a flote en sus aventuradas empresas.

III

Xenofonte en Bolivia

Nuestro Intendente en ciernes, no se detuvo en Buenos Aires sino dos días; lo bastante para conferenciar por segunda vez con el encargado que días antes le había visto en Montevideo, a fin de saber, si estaría dispuesto a aceptar el cargo de Intendente de Nicaragua y su respectivo departamento.

Las instrucciones que no pudo darle en esta conferencia, se las dió en la segunda así es que, con su aceptación del cargo comunicada por telegrama a Centro América, no quedó pendiente sino marchar para Bolivia, en donde, recibiría oportunamente su nombramiento por escrito.

En Bolivia, se domicilió en un hotel de la capital, próximo a la estación del ferrocarril, que precisamente debía conducirle a Lima una vez que, se encontrase en posesión de la nota que debía recibir, confirmando su nombramiento y remitiéndole un giro contra uno de los bancos de aquella capital, para con su

importe, costear los gastos del viaje hasta arribar definitivamente en Nicaragua.

Entretanto, la estadía de Xenofonte en Bolivia, fué mucho más larga de lo que él supuso porque, ni la nota ni el giro habían llegado en todo el mes en que tal cosa debió realizarse.

Se pasaba los días enteros, en pasear por los alrededores de la ciudad, observando ciertas costumbres bolivianas, que en su concepto serían de acertada aplicación en su tierra, por cuyo motivo hizo varios apuntes en su cartera, que con otros que tomaría en Lima y en algunos puntos más del tránsito, podrían resultarle útiles.

No quería llegar a su tierra, todo un Intendente con las manos limpias, después de una designación tan honrosa como la que había recaído en su persona, y en tal convencimiento, redobló su atención y su actividad.

Así fué que, pasados veinte y tantos días, puede decirse, se encontraba al corriente de cosas íntimas, que no conocían muchos de los mismos naturales de Bolivia.

El presunto Intendente, se había ocupado de cavar hondo, pues tanto había escudriñado que no hubo escondrijo, de buena o mala ralea, en que no se metiese, logrando

salir ileso, después de estas evoluciones arriesgadas.

Conforme iba pasando el tiempo, los recursos pecuniarios del viajero disminuyeron considerablemente y esto, le producía cierta contrariedad, por más que estuviese muy lejos de declararse en quiebra y como, era hombre de cuentas claras, empezó a fastidiarse y hasta decidió, que si los pliegos esperados, no llegaban en la semana que regía, levantaba el campamento y se volvía a su casa, por el camino que había venido sin importarle un bledo de su nombramiento.

La presencia de nuestro hombre en la capital de Bolivia, despertó bastante la curiosidad general y tanto más cuanto que, corrían voces del verdadero objeto de ella.

Esta circunstancia, aumentó los diálogos y comentarios en todos los sitios públicos y sociales, hasta llegar a desfigurar los hechos, atribuyendo al visitante porción de cosas de todo punto ajenas, al verdadero propósito que el lector conoce.

Su estatura colosal, se confundía hasta cierto punto con la del gigante Arrudi, que se exhibió en esta ciudad de Montevideo, hace unos doce o catorce años, personaje aquél, que calzaba botines del número cuarenta y

cinco y guantes del número doce, ^{y que} desde el primer día, llamó la atención de los transeuntes y de los niños y muchachos, que le seguían paso a paso por las calles de la ciudad, a la vista de aquel hombre, tan bizarro en su porte y tan arrogante en su andar.

IV

Un sobre cerrado

Una noche, al regresar Xenofonte al hotel y al entrar en su habitación, hirió su vista un sobre cerrado y lacrado, que se encontraba sobre la mesa de luz.

Verlo y aproximar una silla, que se encontraba inmediata y que arrastró con visible emoción, hasta ponerse al alcance del expresado sobre, todo fué uno.

Un foco de luz de cien bujías circundado de una cenefa de seda celeste, a cuyo través brillaba, imitando una especie de cabellera, apenas perceptible, alumbraba profusamente la habitación y Xenofonte, pudo enterarse con facilidad, de la dirección del sobre, a su título y de su contenido nombrándole Intendente de Nicaragua, con 500 pesos de sueldo y un giro contra el Banco Oficial de Sucre

por 250 libras esterlinas, para los gastos de viaje.

Nuestro flamante Intendente, no volvía de su sorpresa después que leyó el contenido del sobre y con especialidad, cuando al fin de la nota, se le comisionaba expresamente para estudiar durante su viaje, los hábitos y costumbres más avanzados de los pueblos ubicados en el litoral del Pacífico, haciendo caudal de datos e instrucciones, tendientes a reformar y hasta suplantar por completo las de Nicaragua.

Encantado quedó del contenido de la nota, por el nombramiento y por aquello de las 250 libras, sin contar los quinientos del sueldo y lo que a su tiempo se le señalaría para representación, automóvil, etc., etc.

Nuestro candidato, no esperaba tanta amabilidad de parte de los que mandaban en su tierra y a la vez, le solazaba, la sola idea de que tales espontáneas manifestaciones, fuesen como eran prueba irrefragable, de que al fin sus compatriotas se habían convencido de la necesidad de adoptar sus ideas.

¡De los arrepentidos, se sirve Dios, dijo para sí, y no seré yo el que rehuse mis servicios con tales demostraciones, no obstante el propósito que había hecho, de no volver más a Nicaragua.

En seguida, empezó a pasearse a grandes trancos en su aposento, accionando y articulando frases sueltas de tal modo, que podía creerse que el hombre había perdido el seso.

Poco a poco, fué templándose y acortando el paso en sus evoluciones y en sus ademanes, concluyendo por sentarse de nuevo con el pliego abierto en sus manos.

El foco de cien bujías de la araña del centro, continuaba alumbrando la habitación, y cada vez parecía brillar con más fuerza e intensidad.

Al fin, Xenofonte empezó a despojarse de sus vestidos para meterse en la cama, pues ya habían dado las doce de la noche y durante media hora, no le fué posible conciliar el sueño, tal era la satisfacción y contento que le dominaba.

Con los ojos siempre fijos en el fanal de cien bujías, se mantuvo firme durante todo aquel tiempo pareciendo soñar; movía los labios y articulaba palabras, que no podían oirse, y en este estado, diría cualquiera que se hallaba en profunda y muda contemplación, con los ojos abiertos y fijos en aquel foco de luz, que parecía atraerle con fuerza magnética e irresistible.



V

La Expedición

A pesar de la autoridad absoluta que se le confería, no sabía qué camino adoptar para ejercerla.

Se le comisionaba, para que hiciese acopio de costumbres nuevas y radicales y entretanto, no se le ocurría adonde debía ir por ellas. Pensó en el radicalismo de tal modo, que no pudo menos de traer a su memoria a los salvajes de todas las zonas del mundo; pensó en los cafres; en los antropófagos; en los vampiros y hasta en la pampa por no salir de lo más cercano y que mejor oliese a sus pagos favoritos; pensó en las costumbres de los Druidas y de los corsos, para concluir por pensar en Circacia, en el Indostán y en la China.

Aquí, se detuvo, tal vez entre sueños porque, después de recorrer esta escala cromática de ideas un tanto subversivas, el Indostán y la China, le parecieron las tierras de promisión para realizar el propósito real de la Intendencia.

Y volviendo a pensar en lo mismo, pensó en

la naturaleza de las costumbres vigentes en las primeras zonas enumeradas, que quién sabe, si no le valdrían la crítica.

Por esto fué, que después de nombrarse un secretario y ordenanza resolvió, dirigirse a la isla de Borneo como medida preliminar, para allí orientarse mejor sobre la manera de trasladarse a las regiones, que hubiesen merecido su preferencia, según queda dicho.

Al efecto, debiendo salir para Borneo el vapor « Yucatán » de 6.000 toneladas de registro, Xenofonte tomó pasaje en él para su secretario y ordenanza en segunda clase, que era bastante buena, y en primera, para él como es de suponerse, en consideración a todo un Intendente.

Pasados ocho días antes de que llegase el designado para la partida, nuestro viajero se ocupó en despedirse de todas las relaciones que tomó en la capital durante su larga permanencia, si deben tenerse en cuenta los motivos que lo obligaron a retardar su marcha, ya, esperando su nombramiento oficial, ya la salida de un buque aparente y que le ofreciera la comodidad necesaria, para hacer la travesía del Pacífico en una extensión tan larga y concluir por meterse, nada menos, que en los mares de la India.



El buque, navegaba con viento fresco del Sud-Este en dirección a Borneo, adonde debían llegar al cabo de seis o siete semanas y Xenofonte con su secretario y ordenanza hacían sus preparativos, cada uno en el papel que le correspondía jugar, durante la partida en que se veían empeñados.

Almorzaban y comían, jugaban a los naipes y se aburrían de una manera detestable las largas horas de navegación, sin otro provecho real, que dormir a pierna suelta por la noche, cosa que no es desagradable a bordo y que no todos los viajeros pueden conseguir, resultando de estos desvelos mayor contrariedad, que del aburrimiento que produce en el curso del día, la monotonía del oleaje del mar.

VI

La Tempestad

Serían las dos de la mañana del siguiente día, cuando Xenofonte despertó de improviso con los bruscos sacudimientos del buque, que a consecuencia de un viento recio y un oleaje extraordinario, había perdido su andar acompasado y sereno.

Aquello parecía ir en aumento progresivo ; a rodar por los camarotes muchos de los objetos de uso, que no pudieron conservar su sitio por los saltos y vuelcos de aquella mole, que mole, y todo, no podía mantener su posición regular, comprometiendo el equilibrio de los pasajeros que empezaron a transitar con dificultad por los pasillos y galerías interiores.

No tardó en agregarse a este desconcierto de rugidos y golpes de mar, crujidos del buque, voces de la tripulación en su gobierno y aquel brammar, producido por el viento que arreciaba gradualmente en las jarcias y arboladura de la nave ; protestas y comentarios a voz en cuello de los pasajeros, entre los cuales, figuraba Xenofonte en paños menores, acompañado de sus ad-láteres el secretario y ordenanza, ataviados en igual forma.

Si esto pasaba en el interior del buque, durante las primeras horas de la mañana, de allí al mediodía, en su exterior, el caso era o parecía ser más serio, pues el espectáculo que se ofrecía a la vista, patentizaba aun mejor la gravedad de aquella situación.

Xenofonte era hombre de acción en tierra, pero en el agua, no valía un pito ; podía pasar

por casi un héroe en ciertas escaramuzas sobre la cubierta de un buque en seco, pero, en el mar, con viento fresco y embretado en las bodegas, no pasaba de un papanatas.

Siempre le metió miedo el agua y un horror pánico, los tiburones!...

Desde luego, es fácil comprender, cual fué su ingrata impresión, cuando subió a cubierta arrastrado por sus ad-láteres y pudo ver las cosas de cerca.

Al asomar las narices a uno de los portales de popa, no pudo menos de dar un paso atrás, como para salvar el bulto; sintió que el buque se hundía de popa y elevaba la proa a tal altura, que llegó a interceptar la visual sobre el camino y dirección que llevaba, para no ver otra cosa, que aquella mole con la proa en posición casi vertical, sostenida por una montaña de agua hirviente y espumosa. En seguida y en medio de un temblor y trepidación indescriptibles, se veía al buque precipitarse desde aquella altura a un abismo insondable, dejando en descubierta la popa y las hélices, que faltándoles la resistencia del agua, multiplicaban el número de sus revoluciones en el espacio con golpes sor-dos y un ruinar monótono, no interrumpido.

Los accidentes de este andar anormal,

se repetían durante su marcha anhelante y trabajosa y lo que es Xenofonte, a diferencia de sus acompañantes, no resistió a la tercera repetición, porque, después de la segunda, se sintió mareado y casi desvanecido, retirándose al interior de la toldilla, dando traspiés.

El temporal y la lluvia torrencial, que hacía complemento al cuadro que le había cabido en suerte a aquél, duró casi todo el día, pues recién a las cinco de la tarde, empezó a amainar, equilibrándose relativamente la marcha del buque; volviendo a la normalidad de costumbre todas sus reparticiones, y haciéndose llevadera la vida a bordo.

Xenofonte, desde ese momento, fué ya otro hombre, y no resultó omiso por cierto, en hacer mérito de los percances de esas quince horas de martirio, a fin de que se le decretasen más títulos a la consideración y gratitud de sus conciudadanos, por cuyos intereses empezaba a velar con un prólogo, como el que había encabezado sus primeras gestiones de Intendente Nicaragüense.

VII

El Cometa

Llegó al fin la noche en completa calma, con gran contento de Xenofonte, a quien le parecía sueño haberse entregado irreflexivamente a los elementos del agua, del viento y del fuego, sin más causa justificativa, que el amor a la igualdad entre sus compatriotas con el cambio equitativo en las costumbres y el propósito que le guiaba, de ver realizada por completo la reforma de ellas, en nuestras embrionarias sociedades de Sud-América.

Pero resultó, que al iniciarse el crepúsculo y primeras sombras de la noche, al Nord-Este de la nave, se notaron, un tanto confusos, los rayos de la melena de un cometa, marcado en su centro luminoso por una estrella, que gradualmente fué ganando en tamaño y brillantez, hasta dibujarse distintamente en el horizonte.

La aparición de este astro luminoso, fué de buen agüero para Xenofonte, como precursor del éxito y triunfo más completo en su expedición, que seguramente sería al In-

dostán y a la China, después de la escala que se proponía hacer en la isla de Borneo.

Además, servía de derrotero fijo a Xenofonte y a su corta comitiva, en el trayecto peligroso de Borneo al Indostán, al cual se dirigían y deseaban llegar cuanto antes.

Y esto se repitió noche a noche, mientras fué recorriéndose la distancia que separaba a la isla del rico territorio indiano.

Con escasos datos sobre el mayor o menor acierto de su elección, acerca del territorio que debía explorar para el mejor desempeño de su cometido, por el momento, tenía que confiar más en la casualidad, que en la inspiración y acierto de su elección al hacer acopio de los principios y doctrinas, que debían regir en su tierra.

Sin embargo, todas las cosas por complejas que sean, tienen remedio, siendo de advertir, que no siempre puede llegarse al ideal de una solución satisfactoria.

Por esto mismo, embargó su ánimo la preocupación de la travesía, que en un principio le pareció llevadera. No dejó de impresionarle la aparición del cometa por más que momentos antes lo hubiese tomado como un feliz augurio de aquélla y en tal situación lo que en su principio constituyó un juicio es-

pontáneo y de feliz augurio, venía después a sumirle en reflexiones en que él mismo exageraba su situación.

Pensaba en los abismos del mar; en su profundidad; en los tiburones; en las tempestades; en el agua, en el viento y en el fuego, concluyendo por pensar en un naufragio que era a lo más grave y serio a que podía llegar nuestro viajero.

Felizmente, el hombre más timorato en medio de sus exageraciones encuentra el recurso de reaccionar y tomar bríos a raíz de sus alarmas por más probables que ellas sean, haciéndose la ilusión de que los desastres se han hecho para el prójimo y no para sí mismo, suposición egoísta que suele fallar algunas veces, viéndose obligado el que tal ilusión se hizo a reconocer su error.

Al fin, después de todas estas alternativas, ya de temor y de malos presagios, ya de valor y arrogancia, el hombre empezó a poner gesto hosco y a pisar fuerte sobre cubierta, consiguiendo por último familiarizarse con aquel ambiente y el ejemplo que le ofrecían los demás pasajeros, incluso su secretario y hasta su mismo ordenanza.

Como Xenofonte, era víctima con frecuencia de sus fantasmas, desde ese momento, se creyó

curado de los escrúpulos y temores que le asaltaban cuando se trataba del mar y, después de un momento no sólo se creyó curado, sino que llegó casi a encontrarse habilitado para hacer frente a una segunda tempestad y hasta guiar el buque por simple *palpite* o inspiración del primer momento.

VIII

Las costas del Indostán

Por otra parte, el hombre se encontraba en grandes aprietos, allá en sus adentros, porque se guardaba bien de iniciar a sus acompañantes y mucho menos a extraños, en las dudas y vacilaciones de su espíritu cuando debía suponerse, que todo un Intendente debía estar bien seguro de no haber equivocado el camino, que exigía su alta misión.

Una buena tarde mister Wolf, capitán del buque paseándose sobre cubierta con Xenofonte, le dijo: si el viento no cambia y sopla con la misma intensidad que ahora, mañana antes del mediodía, estamos en el Indostán y tendrá usted ocasión de ver allí cosas extraordinarias.

—No comprendo bien el alcance de lo que

usted quiere decirme señor Capitán, observó Xenofonte.

— Sin embargo, replicó éste, si usted conoce un poco de historia y geografía comprenderá perfectamente, que en un territorio poco cultivado a pesar de sus riquezas; en el cuál pululan ciento setenta y tantos millones de salvajes, salvo los de saco y levita, han de ofrecer forzosamente a su consideración un cuadro muy poco halagador y episodios, que no están en sus libros.

Por consecuencia, me parece permanecerá poco en estas regiones en que tanto abundan las impresiones desagradables, las fieras y los insectos venenosos, faltando por completo, los goces y complacencias con que sueñan los viajeros y que creen merecer de la amabilidad de los dueños de casa.

— ¿Qué me dice usted?, ¿es esto acaso lo que me espera?...

— Lo dicho, señor Xenofonte, replicó aquél en tono de ratificación.

Después de este cambio de palabras, el Intendente guardó silencio y pareció entregarse a profundas reflexiones, sin duda, tratando de medir el alcance de la situación que le pintaba el capitán y presintiendo, tal vez, que pudiera haberse excedido en sus cálculos

pensando en los hábitos y costumbres demasiado radicales, que pudieran sublevar la opinión sensata de su país y dar al traste con sus conquistas y con el éxito de su alta misión.

Pero, Xenofonte, era hombre, que no se daba por vencido a dos tirones. Las ideas que concebía, las acariciaba con amor; les daba tantas vueltas y revueltas, como las que, a su juicio, necesitaban hasta adquirir la convicción, de que en la práctica, ellas darían un buen resultado.

Llegado a este extremo, era sumamente difícil hacerle retroceder y por tal razón, en su tierra lo calificaban de testarudo y empeinado, no siendo esto justo en muchos casos, como ha de reconocerse con el andar del tiempo.

La advertencia que le hizo el capitán, a propósito de las cosas extraordinarias, con que iba a encontrarse en el Indostán, no dejó de disgustarle, pero siempre profesó el principio aquel, de *ver para creer*, como que es cosa averiguada, que todos los hombres, no juzgamos con igual criterio.

Xenofonte, pues, decidió suspender su juicio sobre el particular, y suspendido quedó.

IX

La Llegada

Llegó al fin, la noche de ese día y víspera del feliz arribo al Indostán.

A la hora de la salida del cometa, con la diferencia progresiva de las transcurridas, la marcha del buque con mar sereno, y siempre con viento favorable, logró seducir a Xenofonte y neutralizar sus desconfianzas, a propósito de lo que le había dicho el capitán.

Desentendiéndose de la realidad y entregándose un tanto a la fantasía, lo cual era equivalente a un cambio completo de decoración, la presencia del cometa, resultaba para él seguro augurio de acierto y felicidad, como lo he significado antes, de manera que, por esta ficción de su espíritu, se prometía para su llegada impresiones más felices y menos ingratas, que las que se le habían augurado.

El Intendente y sus empleados, continuaron por dos horas más en la muda contemplación, a que se habían dedicado y con la idea fija, en las doce del día siguiente en que, según el capitán, debían llegar a su

destino, se retiraron a sus respectivos camarotes.

.....

A las seis de la mañana del siguiente día, la mayor parte de los pasajeros del buque, incluso Xenofonte, se encontraban sobre cubierta, preocupados de la llegada.

Se les ocurría, que a esa hora ya podrían verse las costas del Indostán, luego que, sólo faltaban seis para que hubiese transcurrido el tiempo, que el capitán había calculado.

Sin embargo, no fué así, pues no se veía otra cosa, que cielo y mar, como si el buque navegase en un fanal inmenso y transparente; siendo el día hermoso, alta la temperatura y habiendo cambiado el viento desde media noche, circunstancia, que había de originar el retardo en la llegada.

El entusiasmo del madrugón, pues, quedó neutralizado por los comentarios, a que dió lugar esta especie divulgada por el jefe de la nave y todos, se resignaron a esperar pacientes, a que el término del viaje se verificara a su tiempo, haciendo caso omiso de impacencias, que no había medio de satisfacer en manera alguna.

Pasaron las horas, que precedían diariamente a la del almuerzo y apenas terminado

éste, una voz que partía de la toldilla o castillo de proa, dejóse oír y fué ella, el grato anuncio de haberse divisado tierra al Noroeste.

El anuncio, fué saludado con expansivas manifestaciones de los pasajeros y contento de la tripulación del buque, que al fin, iba a gozar de algunos días de reposo y tregua, a sus penosas tareas de mar.

Ya entrada la noche, se prepararon a descender del buque, lo mismo que Xenofonte y sus acompañantes, para instalarse con mediana comodidad, en alguno de los áridos y casi desmantelados albergues, que eran los únicos que se ofrecían en aquellos casi desiertos dominios de la India.

X

Fantasías

Al fin, Xenofonte se aproximaba a palpar los primeros resultados de su viaje a aquellas remotas regiones, que habían de dejarle recuerdos, como se los dejaron las peripecias de su cruzada, a través del grande océano.

Tan aventurada y audaz travesía, la juzgaba digna de su nombre, de su valor y hasta de su propia ambición, pues era necesario tener mucha, para empresa semejante.

Desde este momento, se sintió más fuerte; pensó, que medios en práctica como éste, son los que dan fama y renombre y aseguran gloria y prestigio para el porvenir.

Las costas del Indostán, le parecieron preciosas, por los infinitos accidentes que ofrecía el terreno; por la aridez y majestuosidad de las cadenas de montañas, cubiertas por la nieve, que corona sus elevadas crestas.

Una fuerza de atracción inconcebible, le llamaba a tierra, pareciéndole esto un desmentido a cuanto el capitán Wolf, le había sugerido, a propósito de las costumbres, que aquél se proponía cosechar en tan extraña e imponente región, para después implantarlas en su país.

Una impaciencia invencible, se apoderó de él, y teniendo todos sus aprestos hechos desde la víspera, no tardó en verse en tierra, saboreando por este sólo hecho, el más completo éxito de su empresa.

No quiso pensar en nada, de lo que se le había dicho, para pensar tan solo,

en lo que él se figuraba con la presencia del espectáculo, que aquella espléndida naturaleza ofrecía a su vista.

Todo debe estar en relación de estas bellezas, decía para sí, y no seré yo el que lo ponga en duda...

Y así, subordinado a sus fantasías de siempre, descendió del buque y con su Secretario y ordenanza, se vió al fin, rodeado de su equipaje en un pasillo de la rambla de desembarco y de una docena de pasajeros, que con él desembarcaron del « Yucatán ».

Se entretuvo momentos después, con los cuadros vivos que le ofrecieron los naturales del país, hombres y mujeres, en cierto género de las costumbres, que él buscaba y destinaba a sustituir las del suyo propio, creyendo con esto, depararle un beneficio, por más que su Secretario y su mismo ordenanza, opinasen con buenas razones, que tales costumbres, no echarían raíces sanas en Nicaragua, ni en ningún pueblo civilizado.

PARTE SEGUNDA

Un viaje por Tierra

Capítulo Único

**De cómo no es fácil, implantar ciertas
doctrinas en tierra extraña**

I

Por Grutas y Valles Pintorescos

Nuestro Intendente, no quería perder un minuto desde que se encontró en tierra, para empezar sus exploraciones, acompañado de su Secretario y ordenanza. Guiado por la aparición fantástica del cometa, que brillaba una vez más en un cielo azul, tachonado de estrellas, empezó a internarse en un laberinto de grutas y enramadas agrestes. Ellas, le arrastraban y seducían de una manera tan atrayente e irresistible, que le parecía volar en alas de su fantasía, hasta familiarizarse con tanto fenómeno extraño, sin llegar a comprenderlos.

Avanzando siempre, e internándose más y

más en las selvas durante el curso de su marcha vertiginosa, en que le parecía volar, tan pronto se veía encumbrado en una colina, como a la vista de un valle inmenso en el cual, no se oía más que el rugido de las fieras y su repercusión en los ámbitos de aquel vasto anfiteatro, iluminado por millares de luciérnagas y el fulgor del cometa en su tránsito lento y majestuoso.

Así anduvo, como cual otro judío errante, hasta que amaneció el nuevo día y pudo aproximarse a una de tantas pequeñas comarcas, y después, a muchas otras. De esto hacía vana ostentación como la hizo después de hábitos y costumbres tan estupendas y avanzadas, que de pronto le invadió un temblor de piernas; se le ajustaron y entumecieron las mandíbulas; se le trabó la lengua y quedó más bizco que antes, de sorpresa y de terror!...

Y como observase al fin, repuesto un tanto, que lo que veía allí, era moneda corriente en todas las otras comarcas de aquella tremenda región, dijo para sí: ¿qué es lo que me pasa por Dios Bacol y lo que pasa a mi alrededor?... ¡Mal principio marca esto en mi programa!... y no se diga, que yo no sea partidario de las cosas radicales, pues jamás

me gustaron los términos medios! Pero, sea dicho en verdad, que estas no son costumbres, sino hábitos vandálicos, que si yo pretendo introducirlos en mi tierra, si no me procesan, cuando menos me confinan en un manicomio, o me meten en la cárcel!...

Preocupado de tales cosas, en los días que permaneció en la India, apuró de tal manera las cosas, en sentido de orientarse sobre el terreno que pisaba, que llegó a la exageración.

Admiraba, los progresos de las colonias inglesas; en ellas todos trabajaban con ahinco, sin contar tanto las horas por los dedos, como al presente las contamos nosotros.

El Secretario de Xenofonte, que no carecía de buen sentido y relativa preparación, admirando las inmensas riquezas de aquel territorio, en que la naturaleza ha acumulado tantos productos de útil explotación, le decía: no cree usted, señor Intendente, que es más útil y práctico el sistema adoptado en las colonias inglesas, dando trabajo fuerte al personal de servicio en las distintas faenas diarias, habituando a esta robusta juventud nativa al trabajo constante, que darles pie para el ocio como hemos empezado a hacerlo nosotros, de algún tiempo a esta parte?... ¿qué resultado pueden darnos

las frecuentes vacaciones acordadas a la juventud, induciéndola a la molicie y hasta a la holgazanería, precursora del juego, del beberaje y de otros vicios?... ¿En dónde hay que lamentar mayor número de estos vicios: entre los laboriosos o entre los mal entretenidos?... ¿qué ejemplos pueden ofrecerse, de que el trabajo ordenado, en proporción a las fuerzas de cada individuo, le haya perjudicado en su salud y bienestar?...

Xenofonte, que en medio de su empecinamiento, unas veces, y en medio, otras, de un íntimo convencimiento de la necesidad de sostenerse en sus doctrinas, oía a medias a su Secretario, pues nunca descendió a dar explicaciones, pero ya he dicho antes, que lo que principalmente le preocupaba, eran aquellas costumbres extremas, que no estaban ni jamás estuvieron en sus libros.

El capitán Wolf, se había quedado corto, pues estos hábitos en indios y en indias, después de conocidas de cerca, eran para no olvidarlos, por muy lejos que uno se encontrase, del teatro aquel, en que se hubiesen exhibido.

Y es que, en público y en privado, presencié ciertas escenas, que le impresionaron hondamente, y eso, que al principio de

este libro, he dicho, que Xenofonte estaba hecho a *bragas* y no se dejaba llevar de primeras impresiones, por más hondas que ellas fueran.

A veces, apechugó con decisión y entereza para ver, si así podía vencer la repulsión que le producían tan repugnantes hábitos... pero, la fuerza moral y la fuerza física se rebelaron, le negaron su apoyo... y no hubo más remedio que dar la espalda al peligro.

En efecto, a pesar de ideas tan ridículas como las suyas, trató de reaccionar una y dos veces más, sin mejor éxito y se convenció al fin, de que con *bragas y todo*, no se decidía a hacer su factura en los mercados de la India, y razón tenía el capitán Wolf...!

Todavía anduvo Xenofonte, buscándole tres pies al gato, a propósito de las costumbres indias y no dió con una sola, que no le produjese horror.

Con tal motivo, y seguro ya, de que aquella no era para él la tierra de promisión, como lo había supuesto al principio, levantó campamento y se dirigió, sin tardanza al Imperio Chino, en donde se prometía encontrar prácticas más humanas y razonables, aunque no dejasen por eso, de ser radicales y novedosas.



El viaje fué feliz, bien que, no exento de peripecias de todo género, en que Xenofonte y sus acompañantes, pusieron a prueba su presencia de espíritu y su valor personal.

No ganaban para cabriolas y quites, en defensa de sus pantorrillas expuestas a la acción maléfica de las culebras y a la de los tábanos y mosquitos, que llevaban su agresión al rostro y manos de los exploradores de nuevo cuño, y dominados por el cansancio y más muertos que vivos, llegaron al fin a la capital de la China.

La ciudad profusamente iluminada a aquella hora, deslumbró a Xenofonte, que tan pronto como se alojó en el Hotel de « Cham-dis », salió a pasear las calles principales, para una hora después introducirse en un anfiteatro de la plaza principal, en que vió a muchas chinas en trajes livianos vaporosos y transparentes.

II

En Pekín

Al cabo de cuarenta y ocho horas de descanso, nuestro explorador secundado por su Secretario y su ordenanza, inició sus prime-

ras diligencias, tendientes al desempeño de su comisión.

Ocurrió para ello, al Concejo Municipal de Pekín, en donde se le rindieron los honores correspondientes a su jerarquía y allí, tuvo ocasión de cambiar ideas sobre el particular.

Obedeciendo a su temperamento e inclinaciones, fué ávido en tomar apuntes de aquellas costumbres radicadas en la China, así como de las ordenanzas y pragmáticas que las autorizaban, sin olvidar su reglamentación.

Muchas de ellas, le pareció que adolecían de cierto rigor innecesario para su debida y útil aplicación, y en tal concepto, prescindió de utilizarlas.

En cambio, se aprovechó con toda avidez de aquellas que, rayaban alto pero no tanto como las anteriores, y que aplicadas, harían marcada roncha en la epidermis de los burgheses.

Con tal criterio, apuró la materia de tal modo, que dejó estupefactos a sus colegas del Municipio, que se admiraban de encontrar en él a un formidable innovador de hábitos y costumbres.

A ciertas observaciones, que se le hicieron con tal motivo, contestó, que en su último viaje a Europa y siempre pensando en la

necesidad de poner las cosas al derecho en su tierra, tomó apunte de algunas costumbres que allí regían y que, en su concepto, podrían llenar sus fines, pero, al llegar a su país, se apercibió de que se había quedado corto, y que todas las reformas juntas no valían el tiempo y dinero empleado en el viaje.

Esto no quiere decir, argüía Xenofonte, que muchas de estas reformas, no hubiesen resultado útiles, pero comprendí desde luego, que era necesario arreciar y dar duro y de firme.

Por consiguiente, en el terreno en que me encuentro colocado, seguiré adelante mientras no me falten las fuerzas, porque, esta es la segunda vez, que ocupo la Intendencia de mi tierra, y lo que no hice entonces, lo haré ahora con el apoyo de los millares de individuos, a quienes he servido y dado posición en porción de empleos, aunque innecesarios, y que recargan considerablemente el presupuesto general de gastos, pero cuyos servicios me son necesarios.

Después de varias referencias por el estilo, y muy complacido Xenofonte de la discreción de sus colegas, que lo oyeron en silencio, pues que ninguno dijo: esta boca es mía, cosa, que siempre le halagó al fierabrás

que tenían en su presencia, se despidió con protestas de agradecimiento, acompañado de sus dos empleados y de varios « Mandarines » y amanuenses Chinos, con quienes había entablado relación, durante los dos días anteriores y que los esperaban impacientes, en las antecámaras de la Municipalidad.

III

Ordenanzas y Pragmáticas

Una vez en la calle, se dirigieron a las plazas y vías más concurridas que ya había visitado solo, frecuentando distintos centros de reunión, en que podían observarse perfectamente los hábitos sociales de las familias Chinas de posición acomodada, de la clase media y de la clase inferior, en sus distintas manifestaciones, de manera que, con los datos que se le suministraron en el Municipio y los que rezaban de los fardos, que contenían las innumerables ordenanzas coleccionadas por fechas, no tardó en los días subsiguientes, con el auxilio y competencia de los « Mandarines », cuyos servicios había contratado por indeterminado plazo, de ver completa la

colección de datos, que le eran necesarios.

Xenofonte se mostraba satisfecho de la *cosecha*, que había realizado en tan pocos días, y ya empezaba a preocuparse de los preparativos de viaje con dirección a Centro América, pero antes, engolfado en la tarea de estudio a que lo obligó la gravedad de algunas de las innovaciones que en las costumbres de su país importaban las de la China, tuvo que aplazar el referido viaje, para seis días después.

Los « Mandarines » que había contratado, le acompañaban en aquella árdua tarea, y a título de instructores y propagandistas idóneos de esas doctrinas, debían hacer gala de ellas en Nicaragua, a cuyo efecto, le acompañarían en el viaje.

Entre los principios innovadores, figuraban varios, ya conocidos y algunos, que sonaban por primera vez en los oídos de Xenofonte, excepción sea hecha, de aquello de:

« La fuerza bruta, prima al derecho » y
« La propiedad es un robo ».

Los nuevos, eran los siguientes:

« Las leyes deben tener efecto retroactivo, sobre todo, cuando se trate de favorecer a algún amigo o paniaguado ».

Los empleados municipales, deben ser tantos como se precisen, para conservar con su voto incondicional de adhesión, la supremacía de un hombre o de un círculo, sobre las mayorías ».

« Por igual motivo, se costearán doble número de servidores en las reparticiones municipales y otras, aunque no sean necesarios y las arcas del estado queden exhaustas ».

« Los miembros del Concejo Municipal, aunque no son empleados públicos, tienen derecho a ser pensionados en las personas de sus consortes e hijos, por toda la vida, aunque sus servicios daten de una semana y no hayan abierto la boca una sola vez ».

« Además de la fiesta dominical, se tendrá la del sábado inglés y la del lunes criollo, como descanso a la farra de esos días, consistente en no hacer nada útil, en jugar al azar, unos, y en vagar y embriagarse, la mayor parte ».

« La mocedad, será la tabla de salvación en la feliz época que atraviesa el país, por lo cual, no hay que esperar nada de la experiencia y representación de que blasonan los viejos « sotretas y cascarudos », por cuyo motivo, deberán actuar tan sólo los imberbes, desde el más alto puesto municipal, hasta el más modesto ».

« Observando los principios de igualdad, el rico laborioso y económico, debe enriquecer al holgazán y vicioso, hasta equipararlo en el goce de sus comodidades, que aquél no ha querido, ni sabido procurarse por medios honestos ».

« La unión conyugal, es susceptible de llevarse el diablo, hasta por solo la voluntad de uno de los cónyuges.

« No habiendo razón, fuera del decoro del sexo comprometido, para que las mujeres no tengan voto en las elecciones Municipales y aun en las generales, si se quiere; deberá disponerse, que lo tengan y si no quisieran las *niñas* hacer uso de este derecho, lo harán las mujeres casadas, las viudas y las viejas de *armas llevar* y sobre todo, las *damiselas de pelo en pecho*, que es lo que se busca, para mejor asegurar la mayoría de votos, en materia electoral ».

« Los ricos, deben ser padres forzosos de los pobres, así es que, son sus herederos a la par de sus hijos ».

« A imitación del tirano Rosas, y por mucho que lo hayamos criticado, los que no estén con nuestras ideas, serán nuestros enemigos ».

« A diferencia de lo que se ha hecho desde tiempo inmemorial a la fecha, y conforme al

simple buen sentido del último Intendente de Nicaragua, y aunque importe una incalificable tiranía, llevada hasta la burla; la Municipalidad tendrá el derecho de meterse en las casas de familia e inmiscuirse en su gobierno íntimo, pero sin pagar el alquiler ».

« Entre dos que se quieren, con uno que trabaje, basta, así es que, el otro debe aprovechar el tiempo en procurarse goces y bienestar, como que la vida es sueño y los sueños, sueños son ».

Muchos preceptos de esta clase, y otros de tanta o mayor transcendencia, llevaba el Intendente en el fondo de sus arcas, gozando de antemano de la impresión que ellos iban a producir, en el seno de la sociedad Nicaragüense, que no estaba acostumbrada al uso de bragas de este género.

Cierto recelo y desconfianza de estar en lo justo, le asaltó, pero, no tardó en tranquilizarse al pensar, que él no hacía otra cosa, que suscribir estrictamente a las instrucciones recibidas.

Además y para concluir, se agregaban muchos otros principios de especial calibre, que debían hacer la felicidad de los Nicaragüenses y que, iban consignadas en ordenanzas y Pragmáticas, que empezaban a regir para Pascua Florida.

IV

Mas reformas útiles

Aparte de estos principios de *no te muevas*, en los cofres o maletas, de que debía ser portador nuestro Intendente, figuraban estos otros de carácter social y de cuyos beneficios, lo disfrutarán aquellos a quienes se apliquen. « Lo doméstico es peculiar de la mujer, salvo el caso de que ésta tenga marido afeminado, que no sirviendo para nada en las cosas de calibre, sirva para quehaceres domésticos de carácter *íntimo* ».

« Las polleras largas y muy detalladas, no importan otra cosa, que un gasto superfluo de tela desde que, no teniendo otro objeto ellas, que cubrir las regiones que deben cubrirse, aquélla debe economizarse, aparte de que este sistema, consulta mejor la higiene y ventilación ».

« Los escotes y la transparencia de los vestidos interiores y exteriores de las señoras y niñas, quedan sometidas a su libre elección ».

« Sin distinción de sexos, puede montarse a caballo, a dos estribos, en recado, silla o en

pelo, lo mismo que en bicicleta y motocicleta, en traje liviano con frente o espalda a la dirección que se lleva según el gusto del ginete o gineta ».

« Los casados que lo permitan, pueden dejar a sus mujeres ir al teatro u otra parte, cualquiera, con el primo que las solicite, quedando aquél en casa a cargo de los niños si los hubiese ».

« Son libres las expansiones, así es que, sin distinción de sexos, las personas pueden aca. riciarse en la forma que gusten y en el lugar que elijan, bien que con las reservas del caso o sin ninguna, a elección de los protagonistas ».

« Las mujeres sin distinción, serán habilitadas para el desempeño de todos los oficios y ocupaciones y cualquiera que sea el sexo, de la persona o personas, a quien deben servir ».

« Para hacer vida íntima entre personas de sexo distinto, no es necesario ceremonia alguna ni otra formalidad, que convenir en ello los interesados ».

« Los padres no ejercerán otra autoridad o tutelaje sobre las hijas, sino para darles de comer, vestirlas y calzarlas, con libertad absoluta de salir aquéllas de sus casas de día o

de noche, solas o acompañadas de hombre o de mujer, indistintamente; volviendo o no volviendo a su casa, ese mismo día, o días después, o no volviendo nunca, si así cuadrarse a su voluntad ».

« En los bailes serios y tangos modernos, cada pareja puede adoptar la vestimenta que juzgue conveniente, lo mismo que las posturas académicas, por avanzadas y comprometedoras que sean ».

« Aprovechar el tiempo por el sistema chino, consiste en hacer tres cosas a la vez, y aun cuando esto parezca imposible, en ciertas situaciones, resulta lo más fácil y agradable, por ejemplo leer el diario sentado, tomar el desayuno y... continuar sentado ».

« La ropa interior, deberá ser liviana, vaporosa, transparente y limitada a la caja del cuerpo, aparte de que, con tan sencillo e ingenioso sistema, se consulta la economía y la ventilación según se ha dicho antes ».

« Los consortes chinos, no se llaman entre sí, por sus respectivos nombres de pilas sino con los calificativos cariñosos, de *chinito* y *chinita*, aunque ellos no cuadren bien, a la catadura de los protagonistas ».

Y así, muchas otras novedades por el estilo.

En un momento de ofuscación, Xenofonte creyó de buena fe, que tales innovaciones no podían menos de interesar a sus compatriotas, a excepción, por supuesto, de los Burgueses, acostumbrados a los viejos hábitos, no consultándose con ellos, sino la comodidad y bienestar personal.

Echó, pues a la espalda, todos sus escrúpulos, considerándose hasta acreedor de los mismos Burgueses *cascarudos*, que con gran empeño, se resistían a desprenderse de todo aquéllo que hasta hacía poco, había mimado su molicie e insólita ociosidad.

V

La Caravana

Fatigado quedó Xenofonte, de la tarea que se impuso desde su llegada a Pekín y otro tanto, le pasó a su Secretario y ordenanza.

En efecto, fué ruda esa tarea como no podía menos de serlo, por su propia naturaleza y por las dificultades, que se ofrecían en tierra extraña, sin relaciones y sin los medios de llegar con acierto, a la averiguación de tantas cosas, como las que exigía el cometido de nuestro flamante explorador.

Con acierto se dice, que con la constancia se vencen las mayores dificultades y, no puede negarse, que aquél dió prueba de ello y que, más tarde o más temprano, llegó a vencer, unos tras otros, los obstáculos que encontró en su camino.

Más todavía: debido a esa constancia, se excedió, hasta obtener mayor número de ordenanzas y Pragmáticas, que las que entraban en su programa primitivo.

De manera que, no obstante hallarse, poco menos que derrengado por el cansancio y la fatiga, su espíritu dominaba en aquella privilegiada naturaleza, que jugaba pareja con su voluminosa y robusta humanidad.

Todo lo daba por muy bien empleado, porque, nadie puede negar, que los sacrificios tienen su compensación por el testimonio de aquellos, en cuyo beneficio redundan, y hasta por el de la propia conciencia del benefactor.

El hombre pues, estaba contento y en disposición de ir hasta el fin, bajo los auspicios de los vientos que le habían soplado hasta ese instante, y es justo decir, que en la misma disposición, se encontraban sus adláteres.

Entre tanto, no tardó mucho, en que muy pocas cosas faltasen para iniciar el regreso a su patria y las pequeñas diligencias, que

aquellas demandaban, habían sido cometidas al Secretario y ordenanza, que con las instrucciones que se les habían dado, les fué sumamente fácil desempeñarse.

No faltaba después de esto, sino fijar día para la marcha y fijada que fué, todos los que hacían parte de la Caravana, quedaron debidamente prevenidos y preparados, desde la víspera.

Además, se les dieron a cada uno otras instrucciones necesarias sobre lo que debían hacer durante el camino y en la solemne recepción, en Nicaragua.

Un elefante y varios camellos, debían figurar en la expedición o caravana por el litoral del Pacífico, hasta Centro América. Destinados unos a conducir a varios «Mandarines», en calidad de instructores, a propósito de las ordenanzas y pragmáticas a que me he referido antes. Siendo conductores los demás de fardos, revestidos de láminas de acero, conteniendo los libros y manuscritos, trajes y ornamentos chinoscos, que debían ponerse en uso, como complemento lógico de las costumbres, y resguardándolos de las lluvias y de los rayos abrasadores del sol, en aquellas zonas ardientes, que tenían que recorrer.

Debían ir también en la comitiva, seis dromedarios, cubiertos con fundas recamadas en plata bruñida, arabescos y campanillas del mismo metal, y como, todas las cosas deben hacerse en proporción a la categoría de cada uno, a la cabeza de la caravana, debía figurar el elefante con su mandil, y sobre su lomo, arganeado el Secretario en traje talar de estilo chinesco, recamado también, pero en oro, y concluyendo por sus chinelas de punta elevada y retorcida, a imitación de las góndolas venecianas y una batuta en la mano derecha, para llevar el compás.

Con vestimenta igualmente china, más modesta, sin carecer por ello de brillo, dos palafreneros guiaban una carroza de marfil, con muelles a la chinesca, en cuyo asiento principal, se pavoneaba Xenofonte, asomado a la portezuela lateral derecha, su vista fija en las ondas azuladas y tranquilas en aquel momento, del grande Océano.

Y por último, veinte metros más adelante y montados sobre cuatro jirafas, cuatro chinos escuálidos, en traje apropiado, de vivos colores y armados de trompetas de estilo egipcio, con que hendían los aires tocando una marcha de triunfo, con la cual debía retemplarse la animación

y entusiasmo creciente, de la original caravana.

VI

La partida del convoy

Todavía con sol alto, partió ésta desde los alrededores de Pekín, dejando a su espalda una inmensa concurrencia, ávida y curiosa, que había afluido con el objeto de presenciar la partida de Xenofonte, deseándole un viaje feliz.

Al son de vivas y de aplausos chinos y de las trompetas egipcias, se movió la columna hacia el norte, costeano el Océano por la derecha y marchando por sendas escabrosas, en la mencionada dirección.

Muchos de los ediles de Pekín, concurrieron a despedir al colega Nicaragüense, que con tanto entusiasmo como entereza, había cruzado el Océano Pacífico para realizar el plan con que soñaba. Todas estas manifestaciones de aprecio y adhesión, se explicaban fácilmente, por la circunstancia de haber elegido aquél la China, precisamente, para hacer estudio y acopio de los hábitos y costumbres, que

a Xenofonte se le había ocurrido implantar en su país.

Decidieron pues, condecorarlo y lo decoraron, en el propio lugar de la partida, haciéndolo con una medalla de oro, además, de un diploma, como testimonio de aprecio y distinción.

Muchas chinas, viejas y jóvenes de las más distinguidas de Pekín, concurren al acto inaugural de la partida de la caravana, que con su presencia y lindos trajes de gala, contribuyeron eficazmente al lucimiento y solemnidad del acto.

La banda de música municipal, amenizó los momentos que precedieron a la partida, con piezas escogidas.

Xenofonte, se consideraba feliz con manifestaciones tan delicadas y espontáneas de sus colegas y mucho se felicitó de ello, porque, desde aquella fecha, quedaban sancionadas para siempre, las buenas relaciones del Municipio de Nicaragua con el Municipio Chinesco.

La concurrencia, siempre en aumento, había llegado a hacerse considerable y a crecer su animación, cada vez que Xenofonte se dejaba ver, separado del grupo que le rodeaba, saludándolo con creciente calor y entusiasmo.

En fin, la partida de la caravana, no pudo ser más brillante y lucida, e iba ella bastante lejos en su marcha marcial, cuando todavía se oían los vivas y aplausos con que amablemente, se le despedía.

El nuevo Intendente, inició así su partida para Nicaragua y aun cuando la distancia que tenía que recorrer para llegar a ella, era inmensa, a él le parecía corta, tan corta como era aquella con que soñaba, para ver inaugurado su triunfo y la apoteosis que se prometía.

VII

La Senda de Oro

Y así anduvo en el corto resto de esa tarde y hasta que empezó a obscurecer, sin otro auxilio y guía que la del cometa, que llegada la hora de su aparición, empezó a alumbrar tenue y melancólicamente el espacio.

La marcha de la caravana, resultaba majestuosa, durante las horas de la noche.

Los rayos de la luna, en la misma dirección del séquito que presidía Xenofonte y los que despedía el mismo cometa, según he dicho anteriormente, describían otros de luz

fulgurante, sobre las túnicas recamadas en oro y plata, de los ginetes y sobre los arneses y mandiles, de los camellos, dromedarios y jirafas, que hacían el efecto de una faja luminosa, en medio de la obscuridad de la noche.

Nuestro héroe, de orgullo no cabía en su pellejo, y hubo momentos, en que se figuró presidir la comitiva de los reyes magos, en su tránsito hacia Belén, para rendir homenaje a la llegada del Mesías prometido.

El sordo rumor de la marcha y el de los diálogos; el repiqueteo de los cascabeles, que pendían de las cabalgaduras; las canciones melancólicas de los «Mandarines» y los sonidos agudos y estridentes, arrancados por los trompeteros que montaban las jirafas; formaban un coro o conjunto de voces discordantes, que contribuía a que Xenofonte con tanto ruido, se creyese un predestinado para llegar al pináculo de la gloria.

Aquello, era recorrer una senda reluciente de oro y plata, en la cual sólo faltaba la presencia del pueblo Nicaragüense y la consiguiente apoteosis, como preliminar y elocuente anuncio, de los triunfos presentes de Xenofonte y de los que le deparaba el porvenir.

Temblaba de emoción; llegó a creerse, un

verdadero reformador del mundo y pensó, que cada una de sus palabras, iba a ser un evangelio para sus conciudadanos. Hubo momentos, en que, al son de las trompetas y de las canciones Chinas, sintió una irresistible tentación, de cantar en son patriótico sus hazañas, en medio de aquellas regiones del Asia, siendo de advertir, que en tales regiones, no podían ser mancos los que triunfasen en medio de tantas dificultades, acechanzas y peligros.

Tratándose de un trayecto tan extenso, recorrida cierta distancia, a Xenofonte, empezó a parecerle pesada la broma.

Por más que estuviese acostumbrado a bragas, como lo he dicho antes, el hecho fué, que no estaba acostumbrado a los trayectos largos y empezó a sentir ciertas molestias y novedades, a la par de su secretario y ordenanza, que con más razón la sintieron, por aquello de qué, el uso de bragas, desgraciadamente, no les había alcanzado.

Por consiguiente, la cosa empezó a complicarse y después de dos días y noches de traqueo y de penurias, una buena mañana, no hubo más que echar pié a tierra, buscando remedio durante la parada, y no completo.

En fin, el resto del viaje no fué mucho más agradable, por que, los mosquitos y tantos otros insectos, pusieron a prueba la paciencia y hasta la discreción de Xenofonte.

Sin embargo, el fin del viaje se aproximaba y el contento, volvió a la caravana y con el contento, el arribo feliz al punto de su destino.

VIII

La Recepción

Avisos oportunos desde dos días antes, habían anunciado en todo Centro América la aproximación de Xenofonte y su séquito, y en Nicaragua, se hacían los preparativos convenientes para su recepción solemne.

Aquella pequeña ciudad, de reducida población y de animación escasa, había sido invadida por familias enteras del interior y barrios inmediatos, que se prometían disfrutar del espectáculo *sui generis*, que se preparaba.

Esto se produjo, desde que llegaron las primeras noticias de la aproximación de Xenofonte, hasta fijar definitivamente el día de su llegada a la ciudad.

Desde las primeras horas de ese día, que al fin llegó, no había casa particular, ni edi-

ficio público, que no estuviese embanderado, ocupando la municipalidad y las primeras autoridades administrativas, civiles y militares, sus balcones y la muchedumbre, las plazas y calles de la ciudad.

Bajo un arco triunfal, levantado frente al local del municipio, ejecutaban piezas elegidas una banda de música militar y otra, perteneciente a un Instituto de aficionados, soplando cada uno de estos, en sus canutos respectivos, (pues todos los instrumentos eran de viento), según lo permitían sus actitudes y el favor de Dios.

La impaciencia, de todos y cada uno, empezó a crecer de punto después de la una de la tarde, por más que todos, era de suponer, ya habían almorzado fuerte, en previsión de lo que pudiera durar la fiesta.

Y la verdad es, que fueron previsores por que, la tarde de ese día pasó *sin novedad* a la hora de la comida, hasta entrarse el sol y recién, dos horas después, cerrada ya la noche, empezaron a oirse los primeros toques de trompetas, precursores de la deseada aparición de la caravana, cuya original composición, interesaba a todos por referencias anticipadas, que por telégramas, se tenían en Nicaragua.

La recepción, pues, que debía tener lugar de día, se verificó recién a las diez de la noche prolongándose la fiesta hasta dos horas más tarde.

Esto, puso a prueba el estómago de los concurrentes, cuya previsión que aseguró el almuerzo de ese día, no llegó a asegurar la comida a una hora regular.

Pero en homenaje al interés que ofrecía la fiesta y a la necesidad, que tiene cara de hereje, todos se resignaron y la fiesta no se deslució por falta de público.

Entretanto, el cometa con su cola luminosa, brillaba en la bóveda celeste y daba al cuadro un aspecto original y fantástico, que contribuía a hacerlo más raro y novedoso.

Las bombas, cohetes voladores, música y trompeteo, formaba un coro más bullicioso que armónico en las calles centrales, a todo lo que hacía complemento la profusa iluminación de los edificios, las barricas de alquitrán que ardían, elevaban sus llamas y columnas de humo negro a grande altura, saturando de resina y casi asfixiando a la concurrencia.

IX

Los Porfirio Díaz de Centro América

El héroe principal de esta fiesta, no hacía sino recibir los cumplimientos y felicitaciones de sus amigos y antiguos partidarios, aunque hablando claro, debo decir, que estos mismos no se hacían ilusiones sobre lo que Xenofonte podría traer encerrado en sus cofres y mucho menos se las hacían, los que se encontraban en oposición a las reformas proyectadas.

No los alucinaba el bruñido relumbroso del exterior de esos cofres, sino que pensaban en su contenido y sobre este particular, no se prometían ninguna sorpresa agradable.

Conocían bien al héroe y no le eran menos conocidas, las ideas que bullían en aquella cabeza.

Durante sus actos anteriores al frente del Municipio, cuando en su actuación tenía que ajustarse a los reglamentos vigentes, no podían olvidar todo lo que hizo y deshizo y calculaba, con acierto, que de esta vez y con nuevas pragmáticas de su elección, allá

en donde *el diablo perdió el poncho*; la cosa iba a ser seria y de digestión difícil.

Además, un periódico de la mañana, exclamaba, después de varios comentarios, a propósito de algo que había adelantado el diario Oficial, sobre el acontecimiento del día:

« ¡ Tanto empeño oficioso en beneficio de
 » los ciudadanos Nicaragüenses, y entretanto
 » vaya usted a ver lo que en tal sentido han
 » hecho sus « Ediles »; vegetar años tras años;
 » dispensar favores a sus adeptos y favoritos;
 » ejercer una dictadura humillante; incomodar
 » a todo el mundo para hacer cumplir sus
 » exóticas medidas, con las cuales, piensan
 » contribuir eficazmente, al cambio de las
 » costumbres, suplantando la cultura por la
 » francachela y la guaranguería, cuando tanto
 » tendrían que hacer, en verdadero servicio
 » del Municipio.

» La ambición de un largo e indefinido pre-
 » dominio en las alturas, debería patentizar,
 » propósitos más elevados y patrióticos, pues
 » de lo contrario, aquélla tendría que tradu-
 » cirse en fines bastardos, o en un despre-
 » ciable rasgo de ociosa y tonta vanidad.

» Es como, sí uno de nuestros conciuda-
 » danos, de reconocida honradez, de repre-
 » sentación a títulos bien saneados y de

» verdadero prestigio político, adquiridos por
» sus propios méritos, viniese a malograrse
» en el concepto público y hasta en su propio
» concepto, pretendiendo justificar aquella
» ambición, por el sólo placer de estar arriba,
» hacer su voluntad para mejor humillar a
» sus adversarios y a los que no pensarán
» como él.

» Entretanto, a este hombre, tal vez el único
» destinado por las condiciones que lo distin-
» guen, a hacerse de un título de honor y a
» levantarse un pedestal, digno del mas pre-
» claro ciudadano; ni siquiera se le debe la
» tendencia, a extinguir durante su domina-
» ción y exclusivismo, la vulgar explotación
» de los cintillos partidarios »

.....
Pero... basta de cosas tristes y contenté-
monos, con las pragmáticas que don Ruy
Xenofonte, nos ha traído de la China.

X

¡ El Bando !

Al siguiente día de la llegada de Xenofonte, los diarios de Nicaragua, describían ya, todos los detalles de la fiesta y entre ellos, aparecían las manifestaciones de aprecio y distinción que se le habían prodigado por la Municipalidad y demás autoridades públicas.

En medio de tan grande rogocijo, muchos de los hombres de más significación en la vida política y social, estaban de parabienes, como lo estaba una gran parte de la población, halagada de tiempo atrás por los mandones de esa comarca, con la posesión de puestos públicos muy superiores a la representación personal y títulos, con que contaban.

Sin embargo, las personas que tenían que perder, y que hasta hacía poco tiempo, habían vivido en paz y en gracia de Dios, temblaban de pies a cabeza, al sólo pensar en el proyecto que se había concebido, de cambiar los hábitos y costumbres del país natal en las extremas condiciones que lo pretendía el Municipio, y, mucho más temblaban al pensar, que era precisamente Xenofonte, a

quien conocía bien, el encargado de implantar en ese país y en lo tocante al Municipio, los hábitos chinescos de que era portador.

Porción de opiniones corrían, más o menos encontradas, alrededor de tales preocupaciones, pero todos los que resultaron al fin conformes fué, en que era preciso esperar para formar juicio exacto, y el « Bando » que se publicó dos días después por la prensa y en hojas de papel celeste en todos los parajes públicos, vino a dar la medida exacta del presente griego que iba a hacerse a Nicaragua.

En ese bando, se hacía mención detallada de todas las innovaciones de que me he ocupado en otro lugar de este opúsculo, y de muchas otras, y no es posible expresar la honda impresión, que ellas produjeron en hombres y mujeres, viejos y viejas y hasta en los niños de ambos sexos, que pedían explicación a sus padres y abuelos, si tales innovaciones, no vendrían a convertirnos en chinos y chinas, haciéndonos abjurar de nuestras viejas tradiciones y hasta de nuestra propia raza.

XI

¡ El Diluvio !

Las referencias relativas a los proyectos, que se enumeraban en el «Bando», produjeron una verdadera revolución en Nicaragua.

La gente llegó a comprender, que no iba a ser posible la vida allí, y que el que mejor salvase el bulto, tendría que levantar campamento, según sus circunstancias se lo permitiesen y desaparecer del país, para siempre.

Las calles, empezaron a llenarse de gente durante esa tarde: unos, censuraban a gritos las medidas que se anunciaban; otros, se lamentaban de no haber sido previsores, antes de emplear sus capitales en una tierra, que desde hoy en adelante, no iba a ofrecer garantías de ninguna especie; otros veían comprometidos el porvenir de sus hijos, rodeados de los peligros y sinsabores con que se les amenazaba; otros que toda su vida habían trabajado con tesón y economizado con grandes privaciones para asegurar su vejez, y no para compartir lo suyo con los holgazanes y viciosos, que transitan por las calles

de Nicaragua; otros, que no era regular, ni soportable, que a título de protección y porque él tenga fortuna, se le cuelguen a cuestras un par de hijos naturales, sin comerlo ni beberlo, y otros, en fin, que de estas y otras innovaciones, surgen un número tal de abusos, de impertinencias y de cosas incalificables, que hacen imposible todo avenimiento de cosas tan monstruosas y denigrantes para un país.

Entre las ordenanzas y pragmáticas de que había hecho acopio Xenefonte, figuraba también una sobre el servicio doméstico y descanso dominical y que, tal como se ha planteado y reglamentado en la China, importa un despotismo incalificable, según los Nicaragüenses.

En efecto, dicen, que por ella se vulneran los derechos privativos de los dueños de casa, confundiéndoseles con sus sirvientes, responsabilizándoseles por las faltas u omisiones que éstos padeciesen, y de las cuales sólo ellos debieran responder y concluyen con que nunca existió en Nicaragua mandón alguno, soldado o civil, que hubiese adoptado semejante actitud con perturbación del mecanismo interno del servicio doméstico en forma tan arbitraria, y que, sin embargo,

se hace hoy con vana ostentación, desatendiendo para ello la inspección de servicios públicos mal administrados, y que debieran merecer preferente atención de parte del Municipio.

De otras de las Pragmáticas, los Nicaragüenses decían otro tanto y mucho más.

.....

En este estado, fué avanzando la tarde hasta ponerse el sol en el ocaso, sustituyéndolo, dos horas después, la reaparición del cometa con su cabellera luminosa, extendida esta vez como funesto presagio sobre aquella población deprimida y humillada por la acción de sus flamantes innovadores.

La concurrencia empezó a aumentar con rapidez y en estado de excitación indescripible; varios incidentes desagradables se produjeron por elementos discordes, halagados por las prebendas que les prometía los Ediles, con quienes hacían causa común; habían grupos que protestaban a gritos y otros, que a su vez, también protestaban en sentido contrario; había uno en que se reía; los había en que se lloraba y, todo esto, al son de cohetes, de bombas y de alaridos tan salvajes como las ordenanzas y pragmáticas de que Xenofonte había sido portador.

No tardaron en condensarse todas estas manifestaciones en pro y en contra, hasta constituir un murmullo general y unísono, que fué extendiéndose y repercutiendo hasta perderse en toda la extensión que abrazaba lo raro y extraordinario de este espectáculo.

De repente, pareció nublarse un tanto la luz centellante del cometa, y a pesar de tantas reformas y pragmáticas, y en medio de aquel laberinto y de aquel vocerío infernal, creyó oírse una voz lacrimosa que decía: ¿tan desgraciado somos? ¿después de lo que se nos ha traído, necesitamos más, acaso?... ¿qué otra cosa necesitamos, decid?... ¿qué más debemos esperar?

Después de un prolongado silencio, y de un ligero rumor, producido por la brisa de levante, rozando la frondosa copa de los plátanos de la plaza principal, se oyó distintamente... ¡el diluvio!...

Y esta frase de mi libro, breve frase que parece fluctuar todavía en los aires... frase que podría interpretarse como un fatal presagio de males futuros para nuestras sociedades, había de venir a ser complementada, prestigiada por las que pronunció, pocos días después, el reverendo e ilustrado sacerdote Reverter en nuestra Iglesia Catedral, hiriendo

el oído atento de sus oyentes y repercutiendo con doble fuerza y sonoridad, en las amplias bóvedas del templo...

¡Engalanáos cuanto queráis! dijo en estos o parecidos términos, dirigiéndose con dulzura y con firmeza creciente a su numeroso auditorio, ¡presumid de vuestra actitud y hacéd ostentación de todos esos avanzados y seductores recursos de los nuevos hábitos y de la moda, que tanto os embelesan; saciáos cuanto queráis, envueltos y acariciados por raudales de luz... mucha... mucha luz, como la que irradia sobre vosotros!... pero, andad despacio... despacio... os lo ruego; que corra el tiempo con más medida y calma, como antes de la azarosa época que atravesamos... no exageréis, aquello que ya es exagerado por sí mismo... no corráis... no corráis ¡por Dios! y si posible fuese todavía, detenéos en esa marcha precipitada y vertiginosa, precursora de peligros y grandes males.

Semejante, Pragmáticas, entre otras muchas, que expresaba el «Bando», y que el lector conoce, alarmó e indignó a la sociedad de Nicaragua, pensando que sólo del Asia, podían proceder, prácticas tan abominables.

XII

Conclusión

En este mismo instante, el eclipse del cometa fué completo, porque el fanal de cien bujías que alumbraba la habitación de Xenofonte en el hotel de Bolivia, acababa de ser apagado por la mano temblorosa de aquél, pues siendo ya las cinco de la mañana, acababa de despertarse en un estado completo de sorpresa y marcada decepción: creía soñar o haber soñado. . .

Después de una mirada recelosa, que echó en torno suyo y de bostezar con repetición, arrellenóse de nuevo en el mullido lecho y trató de conciliar el sueño interrumpido.

Dos horas más tarde y ya en pie, palpando al fin la realidad de las cosas, se propuso borrar el último recuerdo de su fantástico viaje al Indostán y a la China.

El pliego de la noche anterior, que tenía en sus manos, parecía haber sido estrujado durante su sueño, que forzosamente, mucho de ser tranquilo.

Hizo nuevo propósito de olvidarse de todo y dándole forma práctica, se ocupó con apre-

depo

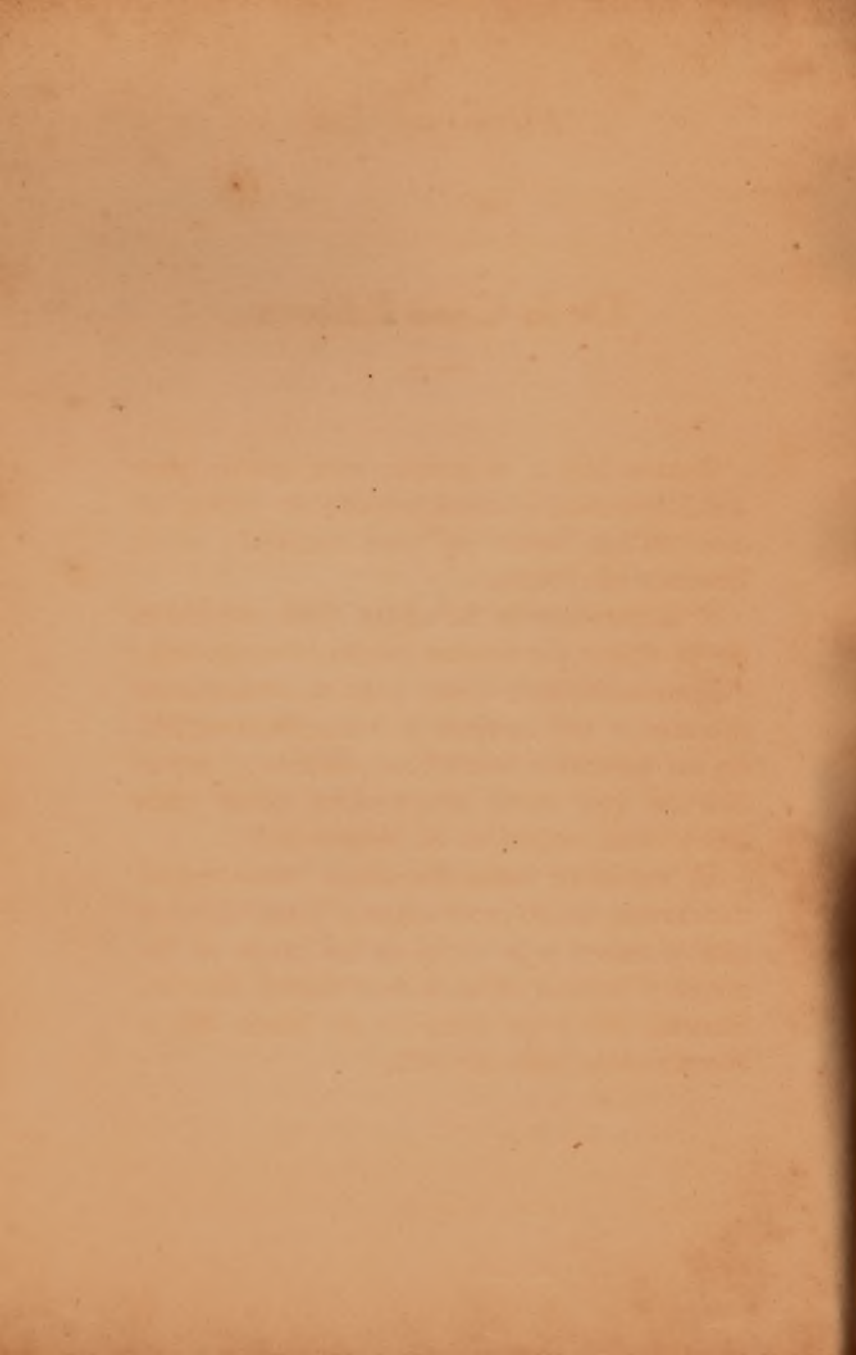
suramiento de sus preliminares de viaje, pero sin Secretario ni ordenanza; sin mandarines chinos, ni trompeteros a estilo egipcio; sin elefantes, dromedarios, camellos y jirafas, para entrar lisa y llanamente, sin música ni cohetes, al desempeño del cargo a que se le había destinado por la Municipalidad de Nicaragua.

Así, como en su viaje fantástico a través del gran Océano, hizo sus escalas en Borneo, en el Indostán y en la China, en este viaje de verdad, ya despierto, recorrió el litoral de Bolivia, del Perú, del Ecuador, tocando en «Nueva Granada» y en Venezuela, para ajustarse a las instrucciones recibidas en Sucre, a propósito de las costumbres que debía estudiar antes de llegar a su destino.

.....

Ya, en posesión del cargo y según noticias, ha empezado a hacer de las suyas con sus soñadas reformas, y aunque con ellas, según sus paisanos, agregará muchos males a los ya causados, es posible que a la fecha, no falte mucho tiempo para que la copa se desborde y que el agua que ella contiene, venga una vez por todas, a tomar su nivel.

Juicios Críticos



De la Casa Editora

Damos hoy a la prensa, este nuevo libro del Licenciado Peralta, seguido de varios juicios críticos sobre su obra anterior, « Los Festines de Plutón ».

A la publicación de aquel libro, seguirá la de su última y definitiva producción, titulada : « Cinema-Parlante », que redacta actualmente el autor, y que formará la colección completa de los episodios históricos, públicos y privados, de que viene ocupándose, desde hace cinco años, según es de notoriedad.

El precio de estas dos obras, será respectivamente, de 60 centésimos y 1 peso el ejemplar y estará a la venta en las casas de Barreiro y Ramos, en la de don Manuel Martins, Sarandí 543 y en ésta, 25 de Mayo 483. — Montevideo, Julio de 1921.

ALGUNOS JUICIOS
SOBRE
« LOS FESTINES DE PLUTÓN »

Diario del Plata, 24 Octubre 1920.

El Licenciado Peralta, pseudónimo que oculta al excamarista doctor Domingo González, acaba de dar a la publicidad un nuevo volumen intitulado « Los Festines de Plutón », en cuyas páginas el travieso Licenciado, hace historia auténtica, contemporánea, tragicómica, fantástica, crítica y burlesca.

El nuevo libro del doctor González, incansable cultivador de un género literario ameno y fácil, viene a enriquecer la bibliografía nacional, conquistando para su laborioso autor, un nuevo triunfo.

* * *

La Noche, Noviembre 9 de 1920.

La crítica ha juzgado ya en forma definitiva, el mérito de las obras del Licenciado Peralta, y nosotros, también, hace algún tiempo, tuvimos ocasión de expresar algunas ideas

al respecto, cuando el autor tuvo la deferencia de darnos a conocer «Resonancias del Pasado».

Ahora, al leer «Los Festines de Plutón» poco o nada tenemos que agregar a lo que entonces manifestamos sobre esa incesante labor literaria de este Licenciado, que se muestra siempre joven y vigoroso, para exhumar pretéritos recuerdos del fondo de su pensamiento y transmitirlos al lector en amenas narraciones.

Las que presenta en este último libro, difieren de las anteriores, en que tienen otra tendencia y otro carácter. Sus artículos de crítica sutil, sobre costumbres y personajes de nuestro ambiente social y político, desarrollándose toda la acción en forma abstracta, tanto en «El mundo de los vicios» como en «El reino de Satán».

Hay capítulos, como los titulados «El judas de Pascua», «Dos militares en campaña» y algún otro, que tienen el sabor de añeja tradición, pero son los más breves y escuetos.

En toda la obra demuestra, como antes, el autor, o sea el señor Domingo González, que en la plausible tarea que se ha impuesto y que domina con todo éxito, está muy lejos de declararse «licenciado», a pesar del avance

de los años, que no pasan para él. Que los vea pasar así, por luengos tiempos, es lo que deben desear, como nosotros, los que tributan su aplauso a esa meritoria labor del Licenciado Peralta.

* * *

Diario Español, 23 Octubre 1920.

Así se titula un nuevo libro, que acabamos de recibir y del cual, es autor el Licenciado Peralta, pseudónimo que usa el doctor Domingo González.

En este nuevo libro hace descripciones muy acertadas sobre historia auténtica, contemporánea, tragicómica, fantástica, crítica y burlesca, cuya lectura tanto cautiva.

Estamos seguros de que esta nueva obra, adquirirá un éxito igual a las que ya lleva publicadas este autor.

Agradecemos el envío y felicitamos al doctor González, por su brillante obra de interés general.

* * *

Joaquín de Salteráin, con el mayor aprecio, saluda al distinguido doctor don Domingo González, agradece mucho las festivas pro-

ducciones del Licenciado Peralta, a quien ya conocía ventajosamente, antes de ahora y aprovecha la oportunidad, para reiterarle las seguridades de su respetuoso afecto, con que
b. s. m.

* * *

Madrid, 8 de Noviembre de 1920.

Señor doctor don Domingo González.

Montevideo.

Mi antiguo amigo y compañero muy estimado: Por conducto de nuestro apreciable amigo el Ministro del Uruguay en esta corte, señor Fernández y Medina, he tenido el gusto de recibir los dos libros y el folleto intitulados *Resonancias del Pasado*, *Bocetos e Institución del Jurado*. Muy agradecido al afectuoso recuerdo del viejo y bondadoso amigo, empecé la lectura con la curiosidad que inspira la novedad; pues era nuevo para mí, que el *Licenciado Peralta* hubiese depuesto la gravedad del magistrado, por la pintura de costumbres y hechos históricos. No es cosa de extrañar esta escasez de noticias en punto a letras americanas; porque las actuales demostraciones de intimidad fraternal entre los

pueblos hispánicos del viejo y nuevo mundo, no han tenido aún eficacia en la vida intelectual, ni es fácil que la alcancen hoy por hoy al menos, si se tiene en cuenta, que el polo magnético de las tierras de Colón pobladas de gente española y portuguesa, no se halla actualmente en la península ibérica.

Este género literario, a que usted ha dedicado su espíritu observador y fino ingenio, al paso que recrea el ánimo, es oportuno auxiliar de la historia y vida íntima o *folk-lore* nacional. Los trabajos de usted, adquieren mayor precio en el orden moral, por esa jamás desmentida ecuanimidad y sano criterio que le caracterizan, cualidades no comunes en nuestros combatidos tiempos. En la relación de sucesos políticos, esta inestimable condición del historiador o escritor es necesaria al acierto en los fallos. ¡Cuántas veces las aberraciones de un gobernante no son otra cosa, que el producto obligado del ambiente en que actúa! Acaso no merezca justificación o disculpa; mas tampoco es justo ni equitativo constituirle en *bone-emissaire* de esos elementos, que informaron su conducta.

Festivo unas veces, algún tanto sombrío en ocasiones, es siempre ameno e instructivo, cuanto sale de la fácil pluma del *Licenciado*

Peralta. Su opinión sobre el jurado, con el remedio de las causas que lo han desacreditado en América, en España, en Francia, en todas partes, acredita la sensatez y amplitud de miras del sabio jurisconsulto.

Usted, mi querido compañero y antiguo jefe, disfruta el don de practicar el dogma de los estoicos: *el sabio debe morir en acción enderezada al bien de la humanidad*, que es la mayor felicidad a que puede aspirar el hombre en la tierra: tranquilidad de ánimo, acompañada del deleite espiritual que engendra el estudio y ejercicio del pensamiento. Eso es lo que se trasluce en los escritos del *Licenciado Peralta*. Yo hago lo posible por imitar la conducta del *Licenciado Peralta*, en la modesta esfera de mis facultades.

Doy a usted las gracias por el estimable obsequio, deseando se conserve usted bueno y quedando a la disposición de usted, este su viejo amigo y atento servidor, q. b. s. m.

Daniel Granada.

* * *

Buenos Aires, Enero 13 de 1920.

Estimado maestro y amigo: Recién hoy puedo cumplir con usted, y no como quisiera

y debiera, a fin de demostrarle que he leído su libro « Los Festines de Plutón », con el interés creciente que él despierta. Este libro, como los anteriores, han de servir al futuro historiador. En más de un caso, usted le dará trabajo a fin de averiguar quién sea el personaje aludido. Los propios contemporáneos puede que no acierten, por no estar en los entretelones de los sucesos. Algo de ello me sucede a mí, ignorante de lo que ahí acontece durante una ausencia de cerca de veinte años. La descripción de las cosas y de las personas, es de mano maestra. Lo que encanta es el espíritu humano con que el autor relata los hechos que, se ve, no son de su paladar político. Otro tanto cuando se ocupa de los individuos. Es suave en el manejo del bisturí. Parece que la punta la envolviera en terciopelo mojado en anestésico de gran potencia, como para no ofender fuertemente, adormeciendo al operado. Es que el escritor se revela dulce, tal cual es su alma de hombre. Excuso decirle, que agradezco profundamente el honor discernido al publicar mi juicio sobre sus anteriores libros, como asimismo, el de la remisión de este *Festín*, precursor de otros no menos curiosos y bien documentados por la fiel y robusta memoria

del maestro y amigo, a quien deseo mucha dicha en esta paradisíaca tierra, aún con todas sus trampas.

Suyo a. s. s.

Alberto Palomeque.

* * *

El doctor Luis Melián Lafinur, al doctor Domingo González, en razón de confraternidad literaria y como modestísimo homenaje a su interesante libro, « Los Festines de Plutón », de que se ha impuesto con el provecho y deleite de siempre (enviándole un folleto).

* * *

Madrid.

Señor doctor don Domingo González.

Montevideo.

Mi muy distinguido señor :

Acresciento mi gratitud hacia usted, el nuevo obsequio de su libro, « Los Festines de Plutón », que estoy leyendo con singular interés.

Sin duda, se me escapan muchas alusiones, por no estar bien enterado de los sucesos y personas a que se refiere; pero, así y todo, me encantan su ingenio y su humorismo, y

efusivamente le felicito por esta nueva producción.

Disponga siempre de su devotísimo admirador, q. e. s. m.

A. Bonilla y San Martín.



Del *doctor Brignole*:

Distingado doctor y amigo:

He concluído la lectura de «Bocetos y Brochazos» y «Resonancias del Pasado», que tuvo usted la gentileza de enviarme, y debo agradecerle los ratos de deleite que nos ha proporcionado tanto a mi mujer, como a mí.

Escritos con serenidad y sin una gota de hiel, son interesantísimos los asuntos que los informan y resultan, tal vez, de más utilidad que la que se propuso el mismo autor.

En tal forma poco se escribe en nuestro país, y aparte de otros méritos que encierran sus artículos, contienen el valioso y real de *exponer* antes que *comentar*, al revés de lo que solemos hacer por aquí, siendo sugestivo que el comentario, cuando aparece, se diluye en la descripción con su dosis de discreción y su forma artística de ecuanimidad.

Ofrece usted un ejemplo a nuestros compatriotas, trabajando y produciendo tan brillantemente a su edad.

Me complazco, por tanto, en felicitarlo, y al agradecerle nuevamente su recuerdo, me es gratísimo saludarlo con mi mayor deferencia, atentamente s. affmo.

* * *

Del doctor *Alejo Arocena*:

Distinguido doctor y amigo: Un millón de gracias por su amable atención. Estoy enfocado en la amena e instructiva lectura de los episodios narrados con inimitable donaire por el «Licenciado Peralta», escritor de fuste y de popular prestigio.

No sé qué admirar más, si sus altas dotes literarias o el sorprendente fenómeno de vitalidad intelectual en un viejo magistrado.

Con mis más sinceras felicitaciones y muy agradecido, lo saluda afectuosamente su amigo y s. s.

* * *

Ramón Montero y Paullier, saluda con sincero afecto y respetuosa consideración a su distinguido e ilustrado compañero, doctor Domingo González, y le dice su profundo agrada-

decimiento por el obsequio de la colección de obras, que bien acreditan la eterna juventud mental del « Licenciado Peralta ».

* * *

Francisco J. Ros, saluda con toda consideración y estima a su distinguido amigo, e ilustrado compatriota, doctor don Domingo González; agradeciéndole su amable envío de un ejemplar de su última y amena producción « Los Festines de Plutón », que ya había tenido el placer de leer y que ahora lo he ree leído nuevamente. Este es mi elogio, porque, no todos los libros se hacen releer.

* * *

Carlos Ferrés, saluda atentamente al doctor Domingo González, y le agradece el envío de las obras « Los Festines de Plutón » y « Resonancias del Pasado », que leerá con todo el interés que reclaman el prestigio indiscutido del « Licenciado Peralta » y la « calidad » de los temas que ha elegido.

Se reitera a sus órdenes.

* * *

Ambrosio S. Miranda, saluda con su consideración más distinguida, al doctor Domingo

González, y al acusar recibo de su gentil envío de las obras del «Licenciado Peralta», tituladas «Bocetos y Brochazos» y «Resonancias del Pasado», le agradece el placer que le ha causado su lectura, en la que con inteligente clarividencia, se halla reunido lo útil con lo agradable.

Y hace votos, porque el ilustrado jurisculto, continúe por largos años haciendo hablar al «Licenciado Peralta», para regalo de los que saben paladear la buena lectura.

*
*
*

Distinguido colega y amigo:

Aunque con atraso, que querrá excusar, cumplo con el grato deber de acusar recibo de sus libros «Resonancias del Pasado», «Los Festines de Plutón» y «Bocetos y Brochazos», de que es usted autor, y cuyo envío atribuyo a su acostumbrada bondad y gentileza.

Mucho lo agradezco, prometiéndome horas de placer con la lectura de sus lindas producciones, con las que demuestra ser usted, un digno cultor de las letras, como lo ha sido siempre del Dereeho.

Suyo afmo. y s. s.

Damián Vivas Cerantes,

Fiscalía de Menores Ausentes e Incapaces:

Julián de la Hoz, saluda muy atentamente a su distinguido compatriota, doctor Domingo González, y le expresa su vivo reconocimiento por las tres obras, que ha tenido la gentileza de enviarle, las que leerá con toda la atención que merecen las producciones, siempre brillantes, del talentoso escritor.

*
• *

Del señor *Cincinato Bolo:*

Al muy benemérito magistrado, doctor Domingo González, agradeciéndole los hermosos libros, testimonios de su elevada mentalidad.

*
* *

Alfredo Furriol, saluda atentamente al doctor Domingo González, al agradecerle el inestimable obsequio de sus producciones literarias, que han alcanzado las más elogiosas referencias, y de cuya lectura se promete, desde ya, el hondo placer intelectual, que producen las obras del verdadero ingenio.

*
* *

Del *doctor Roubaud*:

Desde esta ciudad entreriana le envió un afectuoso saludo al distinguido escritor « Licenciado Peralta ». Sus interesantes libros compañeros inteligentes de mi viaje, debieran ser difundidos para llevar civilización, don de gentes y otras cosas más donde quiera que fueran leídos.

Lo abraza efusivamente.

* * *

El Presidente del Banco de la República, saluda a su distinguido amigo el doctor don Domingo González, y se complace en agradecerle el envío de su nueva obra « Los Festines de Plutón », que acaba de recibir y que se propone leer con el vivo interés que le han despertado sus anteriores y amenas producciones.

Aprovecha la oportunidad para felicitar al fecundo publicista por su brillante labor y reiterarle las seguridades de su mayor consideración.

C. Williman.

* * *

B. M. Cuñarro, saluda con su mayor c o

sideración y estima al amigo y ex-compañero el doctor Domingo González, y le agradece las cuatro obras, que ha tenido la amabilidad de remitirle, producto de su amena y festiva pluma, las que leerá con placer e interés.

Ellas demuestran que el tiempo no ha amenguado el juvenil ingenio de su espíritu.

*
* *

Del doctor *Llambias de Olivar*:

Distinguido y apreciado doctor:

No debo de agradecerle únicamente el obsequio de sus libros, sino las gratísimas impresiones que han proporcionado a mi espíritu en los momentos de descanso. Son tantos y tan variados los temas que ellos tocan, que es difícil atribuir a uno más importancia que a otro, pero a todos se les puede aplicar el dicho de Horacio en su «Arte poética»: «qui miscuit utile dulci»: porque verdaderamente de cada historia surge, sin esfuerzo, la útil enseñanza. ¡Qué enseñanza, por ejemplo, para un hombre de guerra no se deduce de «El día de San Blas»! ¡Qué...! pero no: no voy a molestar a usted con exclamaciones. Solo diré que hasta en las narraciones de asuntos de «menor cuantía»

sabe poner usted sus notables condiciones de literato. Si en vez de escribir historia, hubiese usted escrito historias o cuentos, hubiera sido usted el Pedro A. de Alarcón uruguayo y un temible rival de Alfonso Karr.

Por mi parte, veo confirmado en usted, la opinión de que hay cerebros de aptitudes múltiples. Si no hubiera existido aquel Hoffman celebrado autor de «Cuentos fantásticos», y que fué también notable como juez y como músico, no me sorprendería que hubieran podido reunirse en usted en grado llamativo las aptitudes de juez, y literato.

De usted agradecidísimo.

* * *

Juan José Ylla Moreno, saluda con su consideración mayor al distinguido caballero que modestamente se oculta bajo el pseudónimo de *El bachiller Peralta*, y le agradece íntimamente el deferente envío de sus amenas obras, en parte ya conocidas por él, a la vez que le encomia el valioso concurso que con ellas ha aportado a las letras y a la sociedad uruguaya.

* * *

Alfredo Vasquez Acevedo, agradece a su

viejo amigo y distinguido compatriota el doctor don Domingo González, el envío de su último e interesantísimo libro titulado «Festines de Plutón», haciendo muy vehementes votos para que siga brillando por mucho tiempo su mente privilegiada.

* * *

Bernardino Ayala, saluda con su mayor consideración al doctor don Domingo González, agradece en su nombre y en el de su señora el amabilísimo envío de los cinco volúmenes del «Licenciado Peralta», tan llenos de interés histórico en todas sus páginas, y lo felicita por la amenidad jovial, la soltura de estilo, y la prodigiosa memoria que revela el distinguido amigo a la altura de sus años.

• • •

José A. Ferreira, saluda con su mayor consideración y particular aprecio al filósofo y espiritual «Licenciado Peralta», y agradece el valioso obsequio de las enseñanzas y bellezas que lucen los cinco volúmenes de su interesante obra literaria.

Lo felicita y le estrecha la mano muy afectuosamente.

* * *

Del *doctor Jacinto Casaravilla* :

He leído varias veces su interesante libro « Los Festines de Pluton », que usted tuvo la amabilidad de enviarme. He encontrado en él descripciones de un vivo relieve, como la de su paseo a la estancia de don Eladio y la del encuentro de « Dos militares en campaña », que son reflejo fiel de épocas y hombres que pasaron, dejando señalado el camino recorrido por hechos y acciones nobles y honrosas.

Sus críticas a muchas cosas raras y novedosas que pasan en nuestro país, son perfectamente fundadas.

Viven en usted, en plena juventud, un corazón generoso y un entendimiento envidiable.

Con mis aplausos muy sinceros y mi agradecimiento por su recuerdo, saludo a usted con mi más alta consideración y estima.



Del *doctor Daniel Granada* ;

Recibí, hace días, el ejemplar de « Los Festines de Plutón » con que ha tenido usted la bondad de obsequiarme. Hallábame a la sazón ocupado en revisar unas líneas destina-

das al «Boletín» de la Academia Española, y, como por otra parte, el «Licenciado Peralta» advierte a sus lectores, que no deben leerle a saltos, intenté aplazar el disfrute de los «Festines» para cuando pudiera hacerlo con mayor desahogo, sin resistir, empero, a la tentación de hojear sus páginas; y al hacerlo, me salió al encuentro *Yamandú*, previniéndome que si yo conocía al «Licenciado Peralta», ahora iba a saber quién es *Calleja*, que encimado en una torre observaba desde lo alto las cosas. Con que, desembarazado de la tarea que tenía entre manos, emprendí la lectura del libro sin solución de continuidad. Leído por segunda vez, volví a verificar las páginas en que había puesto señales. Y es que se trata de uno de aquellos libros que gustan más cuanto más se leen. Obra de un fino espíritu escrutador, aplica el acerado escalpelo a la honda crisis moral de las costumbres y de la vida política e internacional del viejo y nuevo mundo. Es la protesta honrada y valiente contra el común sentir y obrar de las gentes: producto espontáneo de una época, al modo del *Lazarillo de Tormes*, por don Diego Hurtado de Mendoza; del *Guzmán de Alfarache*, por Mateo Alemán y del *Divbulo Cojuelo*, por

Vélez Guevara; obras clásicas de las letras españolas, con las cuales guarda entera similitud en la intención, en la gracia irónica, en la propiedad y viveza de colorido de las escenas que describe, en la naturalidad de su fácil estilo. Esos *sports y bars en que se bebe y aprende a beber* y en que se juega lo propio y lo ajeno, *antesalas de los manicomios y de las casas de beneficencia*; esos otros tantos *tangos con quebradas tan a lo vivo que hacen santiguar* al más curado de espanto, y con pellizcos y cosquillas y *encantador abandono y estrecheces a discreción*; esa *holgazanería imperante*; esas *pasiones mezquinas en ebullición*; esa duda de si son los *diablos* o los *santos* los que más daño hacen; esos reinos que no se diferencian del de Plutón más que en *infernales diferencias*; eso de preferir un *Judas a falta de otra cosa mejor*, y tantas otras magistrales pinceladas de que están sembrados los «Festines de Plutón», hacen de esta composición original un libro que traducido a todas las lenguas parecería escrito, en especial, para cada una de las naciones que las hablan. Consuélese, pues las *niñas sudamericanas*, que truecan sus dignificantes costumbres tradicionales por las *liberales yankis*, si acaso se han angustiado ante

el terrible pronóstico que se esconde entre los puntos suspensivos del *¡ya... ya...!* con que las amonesta el « Licenciado Peralta », (página 129).

Es un libro el de los « Festines de Plutón » que a todos conviene leer y que sin duda pasará las fronteras del Uruguay, porque habla desde muy alto y para muchos, a uno y otro lado del Atlántico. Doy a usted el más caluroso parabién y las más cumplidas gracias por el estimable obsequio afectuosamente dedicado a la antigua y fina amistad de este su viejo amigo y compañero, que lo admira y le desea salud y contento, *animado y rejuvenecido con sus viejos amigos los libros*, como usted lo dice, en la vida activa del sabio, que, al decir de los estoicos, nunca está solo ni envejece.



Del coronel Antonio Pardo, Buenos Aires.

Agradecidísimo, diríjole estas líneas para manifestarle, que estimo en mucho el recuerdo generoso de usted, enviándome « Los Festines de Plutón », que nuestro buen amigo el doctor Golfarini me entregó anteayer. Ya empastados los dos volúmenes con que ahí

tuvo la fineza de obsequiarme, el de referencia les acompañará en breve en mi biblioteca.

Historiar tiempos pasados y más sobre las modalidades aquellas de antaño de nuestra sociabilidad, en los presentes harto desconocidas, obra es de patriotismo, señor doctor González; y aún de cariño filial, agregaré, desaparecida la homogeneidad de nuestro viejo elemento, ligadas a nuestro espíritu, algo así como con añoranzas de un bien perdido. Y usted sabe hacerlo en sus libros, con estilo sencillo e interesante.

Disculpe la extensión y mida usted tan solo esta carta por el respetuoso afecto que la dicta. Y aprovechada tan grata oportunidad, reitérome desde esta su casa muy afectísimo s. s. y amigo.

•••

Del *doctor Perdomo*:

En oportunidad recibí dos tomos del « Licenciado Peralta », que su gentileza se sirvió dedicarme. No los leí en seguida porque aquí estoy siempre engolfado en los infolios judiciales de un Departamento donde hay tanto criminal como piedras y garrapatas.

Le guardaba el secreto que usted escribiera libros; y, sobre todo, — aunque conocía su

talento y sabiduría de jurista y magistrado, — que escribiera tan bien, en forma tan amena y brillante. Creía que le ocurriría lo que a mí y a la generalidad de los hombres que se entregan en cuerpo y alma al oficio, que no hiciera nada fuera del oficio, que a fuerza de martillar sobre lo mismo concluye por atrofiarse el pensamiento para otra cosa, para otras actividades del espíritu. Empero, ya veo, — con admiración y aplauso, — que es usted una excepción honrosa a lo que casi constituye una regla invariable.

Leyendo sus libros le parece a uno encontrarse en tiempos más felices que los actuales, — en que no conocíamos los cinemas ni los biógrafos y en que las familias eran más sencillas y se juntaban con más frecuencia en sus salones solariegos, sin necesidad de ir a hacer piruetas (y papelones también) al Parque Hotel.

Como justo homenaje a su talento y deseando darme un hartazo de cosas buenas de otros tiempos y dichas en forma inimitable y no conociendo sus otros libros, fuera de los que tuvo la gentileza de enviarme « Resonancias » y « Bocetos y Brochazos » he recomendado a su Editor que me remita cuanto usted ha escrito o pueda escribir en

el futuro, — que se lo deseo larguísimo y venturoso, todavía.

Usted, mi estimado doctor González, ha tenido una juventud brillante y distinguida en la sociedad, y en la magistratura y ahora concluye en una ancianidad respetada y honrosa.

Mi hijo llévale un saludo vivo como vivo y hondo es mi afecto por quien tanto me distinguió siempre y honró con su amistad.

•••

Luis Romeu Burgues, saluda atentamente y agradece a su estimado y distinguido amigo doctor Domingo González, la colccción de sus obras literarias que se ha seruido enviarle, algunas de las que ya había leído con interés y con agrado, admirando el buen humor y espíritu agil y agudo del distinguido amigo.

•••

Rafael Gallinal, saluda afectuosamente a su querido amigo el doctor Domingo González, y le agradece el envío de su libro « Los Festines de Plutón », el que ha leído con todo placer, y el que demuestra, que no es privilegio de los jóvenes el tener ingenio, pues algunos viejos, pueden presentar credenciales

de haber sido buenos magistrados, y ser escritores distinguidos.

* * *

Serapio del Castillo, saluda al distinguido compatriota y viejo amigo y le agradece los ejemplares de sus últimos libros que ha tenido la bondad de dedicarle y que reflejan también como los primeros la perpetua juventud del autor y la frescura de su espíritu.

• *

Del señor *Ernesto Brunel Solsona* :

Mi señora y yo hemos recibido con el mayor agrado las obras, hijas de su ingenio, que usted ha tenido la fineza de enviarnos y que le agradecemos mucho.

La oportunidad de su obsequio no pudo ser mejor elegida, porque como usted sabe, los viejos tenemos que llamarnos a cuarteles de invierno en cuanto la naturaleza modifica su estado atmosférico; así que, durante esas horas interminables, las amenizamos agradablemente con su lectura, recordando a la vez, al bueno y viejo amigo.

Yo leeré sus libros con fruición, pues usted recuerda en ellos, con fidelidad y con mano

maestra, un pasado en el que yo he vivido;
¡quién pudiera engañarse a sí mismo!

Admita, estimado doctor y amigo, los saludos afectuosos y sinceros de ambos.



Del señor *Setembrino Pereda*:

Distinguido compatriota:

Me ha proporcionado usted horas de verdadero solaz con la lectura de sus obras «Bocetos y Brochazos», «Resonancias del Pasado» y «Los Festines de Plutón», que ha tenido la amabilidad de remitirme, escritas todas ellas en un estilo sencillo, aunque correcto, y sin pretensiones literarias, pero ameno y atrayente como muy pocos de los libros que tanto abundan en nuestro ambiente intelectual.

Producciones como las suyas hacen honor al país, porque se apartan de la literatura malsana que tiende a abrirse camino entre nosotros con perjuicio de la juventud estudiosa y en menoscabo de las buenas costumbres, a pesar de que la principal preocupación de los que escriben para el público debiera ser educar, instruir y agradar.

A esa prosa nauseabunda, lo mismo que a

la que solo habla a la imaginación, hay que oponerle la que entrafía provechosas enseñanzas, porque es la única que perdura y que trasciende en honra de la cultura patria.

Hago extensivos estos conceptos a los poetastros, que prosperan al calor del bombo mutuo y a la sensible complacencia de los periodistas ilustrados, que en lugar de echar al canasto de lo inservible tantos renglones cortos sin inspiración y hasta sin sentido común, les conceden generosa hospitalidad en las columnas de sus diarios y revistas.

Lástima que antes de ahora, cuando tenía usted más fresco el recuerdo de los sucesos y de los hombres de un pasado ya algo remoto, no lo hayan permitido sus tareas de magistrado que diese soltura a su pluma de escritor y publicista, porque todo lo bueno y novedoso que hoy nos cuenta, no obstante ser octogenario, es un elocuente indicio de lo mucho que pudo habernos arrancado del olvido.

A usted y al doctor don Mariano Ferreira tendrán que agradecerle las futuras generaciones el valioso tributo que vienen aportando a la historia política y social de la República, a pesar de sus años.

Quedo, pues, grato a su gentileza y formulo

sinceros votos para que aún pueda dar a luz otros trabajos no menos interesantes y útiles que los de que es autor.

Ordene entretanto a su afectísimo y s. s.

•••

Horacio Arredondo (hijo), saluda con su más atenta consideración al doctor don Domingo González, y agradece el envío de sus libros « Resonancias del Pasado » y « Los Festines de Plutón », nueva contribución que hace a la literatura nacional y que en nada desmerecen de sus anteriores producciones « Bocetos y Brochazos » y los dos tomos del « Carnet de un filósofo » cuyos ejemplares ha tiempo forman en mi biblioteca, habiéndome deparado su sabrosa lectura más de una hora de solaz por el gusto literario y de instrucción, por lo mucho que enseña sobre nuestro pasado del cual es usted un tan alto cuan digno representante. Su noble ejemplo de labor es una enseñanza y un aguijón para perseverar nosotros los jóvenes, su affmo.

* * *

Del Ex Inspector Departamental de Instrucción Pública:

Minas, Diciembre 24 de 1920. — Señor doc-



tor don Domingo González. — De mi particular estima: Al fin mi ingrata enfermedad ha querido consentirme leer su último libro « Los Festines de Plutón ». No obstante sus 238 páginas, lo leí de un solo tirón, sin pestañear. El infortunio me había hecho perder la costumbre de reírme por mucha que fuera la « sal y pimienta » del epigrama, pero los relatos, picarescos e intencionados, de hombres y cosas sucedidos en Montevideo y en Chamizo en tiempos remotos y mejores para no envejecer, tuvieron la potencialidad de hacerla resucitar por unas horas en mi Yo. ¡ Si parece que el lector se encontrara mezclado en los episodios caseros, sociales y callejeros expuestos con una precisión y naturalidad llamativa en los capítulos del nuevo libro !

Yo era uno de los tantos convencidos de que el hombre por hercúleo que hubiera sido, después de atravesar el dintel de los 80 Agostos ya flaqueaba enormemente en su memoria, pero usted ha venido a sacarme de tal error. La actual y sus anteriores producciones literarias patentizan que su erudito autor con sus 83 años de edad conserva una memoria lozana y fresca como no existe otra en el campo de la literatura, que yo

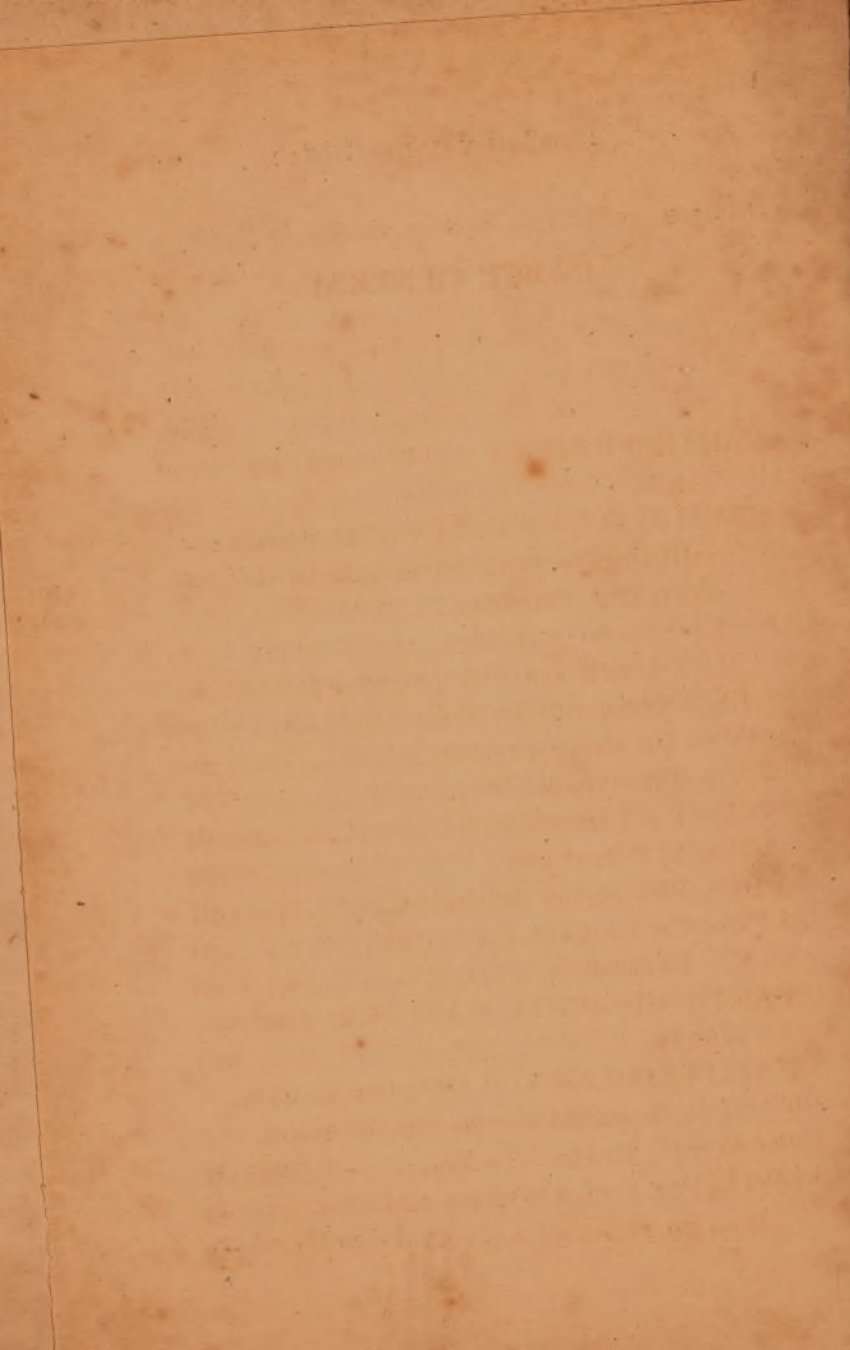
conozca, en lo que nos queda de la generación de la primera mitad del siglo XIX.

Es bien merecido, pues, el privilegio de larga y activa vida, que el talentoso jurista retirado de la más alta jerarquía judicial del país, ha recibido de Natura; conservándole el vigor físico e intelectual para escribir tanto bueno y en tanta extensión.

No lo atribuya usted a lisonja si digo, que el futuro historiador buscará y hallará en los libros escritos, bajo el seudónimo « Licenciado Peralta » en los « Festines de Plutón », en « Sueño Tártaro », en « Carnet de un Filósofo de Antaño », en « Bocetos y Brochazos » y en « Resonancias del Pasado », todo el material necesario, todo lo que más interesa a la raza en lo tocante a costumbres y normas de sociabilidad a que supeditaban sus gustos e inclinaciones, damas, personajes modestos y aristocráticos en épocas creadoras de famosos guerreros de eruditos teólogos, de artistas y músicos notables.

Le ruego, estimadísimo doctor, que me cuente siempre entre el número de admiradores y que agregue mi felicitación, a las muchas que ha recibido por la aparición de « Los Festines de Plutón ».

Valentín Astor.



ÍNDICE GENERAL

Página

PARTE PRIMERA. — Un viaje por
Agua.

CAPÍTULO ÚNICO. — De cómo es re-
lativamente fácil, hacer acopio de
doctrinas extrañas.....

	5
I.— Sansón Carrasco y yo.....	5
II.— ¿Quién era Ruy-Xenofonte?..	11
III.— Xenofonte en Bolivia.....	16
IV.— Un sobre cerrado,.....	19
V.— La Expedición.....	22
VI.— La Tempestad.....	24
VII.— El Cometa.....	28
VIII.— Las costas del Indostán.....	31
IX.— La Llegada..	34
X.— Fantasías.....	36

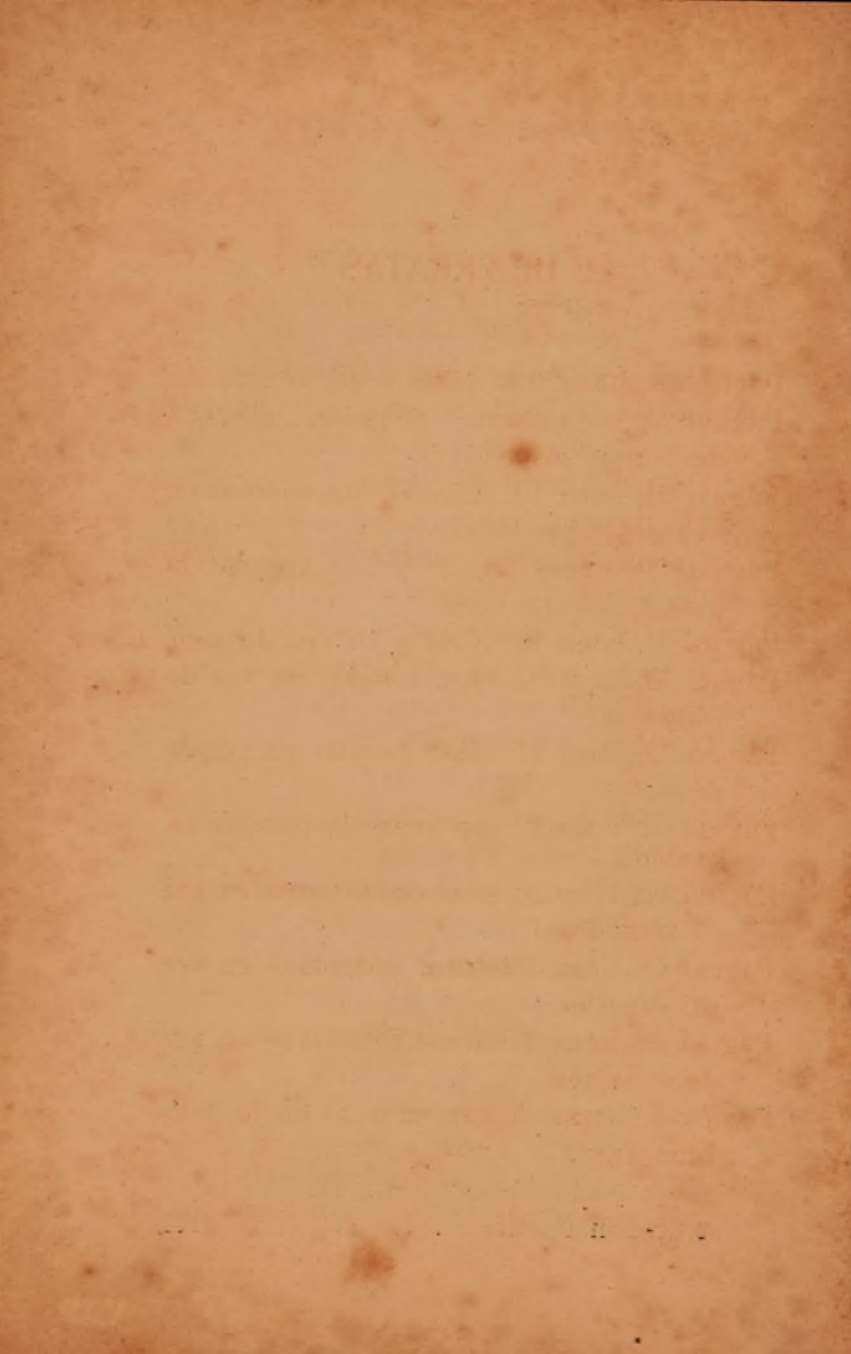
PARTE SEGUNDA. — Un viaje por
Tierra.

CAPÍTULO ÚNICO. — De cómo no es
fácil, implantar ciertas doctrinas en
tierra extraña.....

	41
I.— Por grutas y valles pintorescos.	41
II.— En Pekín.....	46

	Página
III.— Ordenanzas y Pragmáticas.....	49
IV.— Más reformas útiles.....	54
V.— La Caravana.....	57
VI.— La partida del convoy.....	61
VII.— La Senda de Oro.....	63
VIII.— La Recepción.....	66
IX.— Los Porfirio Díaz de Centro América.....	69
X.— ¡ El Bando !.....	72
XI.— ¡ El Diluvio !.....	74
XII.— Conclusión.....	79
JUICIOS CRÍTICOS.	
De la Casa Editora.. .. .	83
Algunos Juicios sobre « Los Festines de Plutón ».....	84
« Diario del Plata ».....	84
« La Noche ».....	84
« Diario Español ».....	86
Del Doctor Joaquín de Salteráin.....	86
Del Doctor Daniel Granada.....	87
Del Doctor Alberto Palomeque.....	89
Del Doctor Luis Melián Lafinur.....	91
Del Abogado y literato español don Adolfo Bonilla y San Martín.....	91
Del Doctor Brignoli.....	92
Del Doctor Alejo Arocena.....	93
Del Doctor Ramón Montero y Paullier	93

	<u>Página</u>
De Don Francisco J. Ros.....	94
Del Doctor Carlos Ferrés.....	94
De Don Ambrosio R. Miranda.....	94
Del Doctor Damián Vivas Cerantes..	95
Del Doctor Julian de la Hoz.....	96
De Don Cincinato Bolo.....	96
Del Doctor Alfredo Furriol.....	96
Del Doctor Roubaud.	97
Del Doctor Claudio Williman.....	97
Del Doctor M. B. Cuñarro.....	97
Del Doctor Llambías de Olivar.....	98
Del Doctor Juan José Illa Moreno....	99
Del Doctor Alfredo Vasquez Acevedo	99
De Don Bernardino Ayala.....	100
De Don José Antonio Ferreira.	100
Del Doctor Jacinto Casaravilla..	101
Del Doctor Daniel Granada.....	101
Del Coronel Antonio Pardo.....	104
Del Doctor Perdomo.....	105
Del Doctor Luis Romeo Burgues....	107
Del Doctor Rafael Gallinal.....	107
Del Doctor Serapio del Castillo.....	108
De Don Ernesto Brunel Solsona.....	108
De Don Setembrino Pereda.	109
De Don Horacio Arredondo (hijo)..	111
Del Ex Inspector Departamental de Ins- trucción Pública.....	111



FE DE ERRATAS

- Página 17, línea 2.^a: léase *a* en vez de *en*.
- Página 23, línea última: póngase una línea de puntos suspensivos.
- Página 24, línea 10: léase *en largas horas* en vez de *largas horas*.
- Página 29, líneas 25, 26 y 27: súplase la puntuación que falta.
- Página 44, línea 16: léase *y* en vez de *pero*.
- Página 52, línea 9: léase *cónyuge* en vez de *cónyugue*.
- Página 52, línea 21: léase *forzosos* en vez de *forsosos*.
- Página 60, línea 7: supríbase la palabra *recamado*.
- Página 62, línea 3: léase *condecoraron* en vez de *decoraron*.
- Página 68, línea 23: léase *y elevaban* en vez de *elevaban*.
- Página 69, línea 21: léase *calculaban* en vez de *calculaba*.
- Página 79, línea 20: agregar al fin la palabra: *dejó*.

